

# ¿QUIÉN MATÓ A ÁNGELA BLANCO



ADRIÁN Y MIGUEL  
ARAGÓN

# ¿Quién mató a Ángela Blanco?

Adrián y Miguel Aragón

Copyright © 2017 Autopublicamos.  
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito de la editorial, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Autopublicamos  
contacto@autopublicamos.com

Acerca de Adrián y Miguel Aragón  
Amazon: <https://amazon.com/author/autoresaragon>  
Twitter: <https://twitter.com/autoresaragon>  
Facebook: <https://facebook.com/autoresaragon/>

# Contenido

[¿Quién mató a Ángela Blanco?](#)

[Nota de los autores](#)

[Otras obras de Adrián y Miguel Aragón](#)

# CAPÍTULO 1

Francisco Vélez se secó las manos con un trapo que horas antes había sido blanco. Esbozó una sonrisa de satisfacción mientras miraba y se regocijaba con su obra. La discoteca de bailes latinos estaba ya consagrada. Más de año y medio de trabajos, sufrimiento y, no pocas veces, angustia con los créditos, lo habían conducido hasta allí. Pero al fin lo había conseguido. Era un inmigrante venezolano que salió de su Caracas natal para buscar fortuna en Europa. El local funcionaba muy bien, se llenaba cada tarde hasta el cierre, que solía ser a las dos de la madrugada.

Francisco no podía quejarse. La caja diaria superaba las previsiones más optimistas que se había hecho al principio.

«Qué linda es la pista», se dijo mientras sus ojos seguían, en zig zag, los distintos haces de luces de diferentes colores que la iluminaban.

Terminó de despedir a todos los camareros y a los dos invitados especiales que había contratado como bailarines para aquella noche y salió a la calle con dos pesadas bolsas de basura. El local disponía de una puerta trasera que daba a un oscuro y sucio callejón donde se hallaban cinco grandes contenedores. La mayoría los utilizaba un restaurante cercano.

A Francisco le preocupaba el pestilente olor que emanaba de aquel callejón. Y lo peor es que iba a más. En verano resultaba insoportable y solía acercarse a los contenedores aguantando la respiración. Pero aquella noche las bolsas eran tan pesadas que no tuvo más remedio que tomar una gran bocanada de aire. Mientras se acercaba al más cercano, una rata se le cruzó, asustándolo. Pasó a escasos dos metros de sus pies. La miró esconderse entre unas cajas rotas. Las ratas siempre le habían provocado repugnancia, no podía evitarlo; escupió ruidosamente del asco.

Depositó ambas bolsas en el suelo, abrió la portezuela metálica del contenedor y arrojó dentro la primera bolsa. A Francisco le pareció que no se había producido el característico ruido al que estaba tan acostumbrado, sino un sonido débil y amortiguado, lo que le extrañó bastante. Antes de lanzar la segunda, tapándose la nariz por el hedor que despedía el contenedor, decidió asomarse al interior del mismo.

Lo que vio le paralizó durante varios segundos. Se quedó allí, quieto, mirando al interior del gran contenedor, como una extraña estatua en una postura imposible. Aterrado, sin saber bien cómo reaccionar, dio un alarido:

—¡Socorro, socorro! ¡Ayúdenme, por favor!

El callejón estaba desolado. Reaccionando al fin, entendió que no lo

ayudarían. Aterrado y apenado a un tiempo por su descubrimiento, se introdujo con rapidez dentro del contenedor y procedió a sacar el cuerpo. Era el cadáver de una joven. La depositó con delicadeza sobre el suelo. Apiadado, se quitó la chaqueta y procedió a cubrir el rostro del cuerpo con ella. A continuación, se dirigió a su discoteca para llamar a la policía desde el teléfono que tenía en su pequeño despacho donde realizaba las cuentas. Mientras andaba, miró hacia atrás dos o tres veces para asegurarse de que ninguno de esos asquerosos animales con rabo se acercara a la muchacha tendida.

Una patrulla de policía llegó a los diez minutos. El resto de profesionales tardó un poco más en llegar. Había que esperar a que un juez levantara el cadáver. A esas horas de la madrugada, solo estaba el juez de guardia, que tardó casi una hora en aparecer. Mientras, la policía acordonó la zona, como el lugar seguía desierto no les habría hecho falta hacerlo, pero seguían su protocolo en casos como ese.

A pesar de que la primera patrulla que llegó le hizo a Francisco algunas preguntas, dos oficiales de los que llegaron en la segunda tanda se acercaron a él para interrogarlo más a fondo.

—Buenas noches, caballero. Usted ha encontrado el cuerpo, ¿no es así? —preguntó el más alto de los dos, un hombre muy corpulento, moreno, con sombra de barba que parecía pintada sobre el rostro.

—Así es, señor. Hará algo menos de una hora que lo encontré justo ahí, dentro del contenedor —respondió el venezolano.

—Por lo tanto, ha sido usted quien lo ha sacado de él, quiero suponer —aventuró el otro policía, mucho más bajo que su compañero, delgado y con abundantes entradas que le hacían parecer mayor de lo que era.

—Correcto, yo fui, yo la saqué de ahí, pobrecilla. ¿Hice algo mal?

—No ha sido la mejor de las ideas, la verdad, siento decírselo. Ahora mismo esa chica tendrá huellas de usted por todas partes.

A Francisco se le mudó el color del rostro. Palideció a ojos vista. Un cadáver que él había tocado, todos aquellos policías allí, haciéndole preguntas... Le vino a la mente su juventud caraqueña. Se había criado en un barrio donde la violencia lo regía todo y la única ley era la del más fuerte. Cuántos muchachos de su edad habían resultado heridos o muertos en las reyertas callejeras en las que alguna vez se había visto envuelto.

Cuántos amigos habían caído en tiroteos con la policía, creyéndose invencibles, inmortales, debido a su juventud. Otros muchos, y no los peores, por cierto, se pudrían en las peligrosas cárceles venezolanas, acusados de delitos que no siempre habían cometido. Siempre detestó la violencia, a pesar de que precisamente ella regía su barrio. La violencia lo dominaba todo. Y su

consecuencia más inmediata, el miedo, marcaba las pautas de vida en la mayoría de casas que conocía. Nadie se atrevía a hablar. Muy pocos se sentían con valor para denunciar a los matones del barrio, conocidos por todos. Hacerlo era un grave error, pues muchas veces estaban compinchados con algún policía corrupto que, por dinero, accedía a informar a los delincuentes acerca de quién los había denunciado a ellos. Las venganzas eran crueles en extremo.

Él había logrado escapar de todo aquello y se había abierto camino en España, con un negocio legal y limpio, en el que le iba bien. Se asustó. Temió por su futuro. ¡Cómo se le había ocurrido tocar a aquella pobre joven! Ahora podían acusarlo a él. En España era un extranjero, un sudamericano que había venido a buscarse la vida. Sería fácil hacerlo si no encontraban al culpable. Tanta lucha para, al final, poder perderlo todo por un lamentable malentendido.

—Yo..., me dio tanta pena, sentí lástima, nada más, solo eso. Ahí, entre bolsas de basura, con ese olor... Por humanidad, lo hice por humanidad, no sabía que por tocarla...

—Bueno, tranquilo, también podría haber pensado usted que aún estaba viva, y por eso la ha sacado —dijo el alto, intentando calmar a Francisco, que empezaba a mostrarse bastante nervioso.

—No la conozco, se lo juro a ustedes, soy el dueño de la discoteca. Salí a tirar la basura y la vi.

—Los contenedores son altos. ¿Cómo supo que estaba ahí? —inquirió el policía más bajo, fijando la mirada en las pupilas del venezolano, tratando así de analizar cada reacción de Francisco.

—Me asomé por curiosidad. Al arrojar la primera bolsa de basura que había traído de la discoteca me pareció que no hacía el habitual ruido. Pensé que había algo, pero jamás me imaginé que sería un cuerpo humano. Me asomé y la vi allí, desmadejada entre bolsas de basura y algunos cartones sucios. Es terrible.

—Dice usted que no la conocía, pero es posible que viniera a bailar a su discoteca —dijo el alto.

—Por supuesto que es posible, pero su cara me es desconocida, no me suena —respondió Francisco.

—De acuerdo, caballero —dijo el policía robusto—, uno de nuestros compañeros vendrá ahora a tomarle algunos datos. Por nuestra parte, es todo. No salga de Madrid durante los próximos días; es probable que necesitemos su presencia más adelante.

Francisco Vélez miró hacia arriba. Su mirada se concentró en el chalé de lujo de una valla publicitaria. *Inmobiliaria Blanco*. Sin saber por qué, se quedó un buen rato mirando ese cartel, la casa de pizarra de color azul oscuro con el gran jardín adyacente y la piscina en la parte derecha.

\*\*\*

Mientras Francisco dejaba que su mirada se perdiera en ese enorme cartelón publicitario, Marina Blanco se hallaba tumbada en el caro sofá del salón de la mansión de su padre, en uno de los mejores chalés de una urbanización de Las Rozas, en la provincia de Madrid, al noroeste de la capital. Hojeaba desganada una revista del corazón.

Aburrida hasta la náusea, pasaba las páginas rápida y bruscamente, hasta el extremo de rasgar algunas de ellas. En plena década de los ochenta, los quioscos y librerías de toda España estaban plagados de revistas de cotilleos como *Hola*, *Diez Minutos*, *Semana* y decenas más similares, que habían surgido como hongos tras la Transición política. Marina no se detenía en ninguna página, apenas miraba las fotografías de los famosos y aspirantes a serlo que estaban en boca de gran parte de la población, pues había llegado la hora de ser cotilla sin tener que disimularlo.

Sin poder soportar por más tiempo su tedio, lanzó la revista contra la pared. Lo que cayó ya no era una revista, sino un amasijo de hojas deshilvanadas. Se levantó del sofá chasqueando la lengua con un gesto que combinaba el disgusto de ese momento con la impotencia que le daba su propia mediocridad.

Se dirigió a su habitación, repleta de muebles caros y de objetos totalmente inútiles que acumulaba por el mero afán de poseer. Se dejó caer sobre la ancha cama, divagando con sus fantasías de hacerse poderosa como su padre. Ansiaba ser una mujer de éxito, envidiada por el resto del sexo femenino y deseada por el masculino.

Ella misma sabía, lo había sabido siempre, desde niña, que la envidia era su principal problema. No podía librarse de ella. Esos rayos dolorosos que le recorrían el cuerpo entero en cuanto veía a su hermana mayor... No había podido librarse todavía, a sus veintidós años, de esa desagradable sensación, que era, para más inri, el motor de su vida. Su hermana, su sempiterna hermana mayor. Esa Ángela del demonio, tan inteligente y carismática; era la preferida de todos y no podía hacer nada por cambiar eso. A ella le había tocado ser la hermana menor; insignificante, menos brillante que su hermana, aunque lo compensaba con astucia y cálculo. Se sentía la eterna segundona, mientras que Ángela era la estrella, la heredera, la favorita de papá, la niña bonita. Con el tiempo se había ido haciendo, solo en su mente, la víctima perfecta, digna de lástima y conmiseración, la chica a la que nadie entendía, a pesar de que tenía aptitudes, pero el problema era, según ella, que nadie sabía apreciarlas.

Ensimismada en esa eterna ruleta suya de pensamientos negativos trufados de autocompasión, el sonido del teléfono del salón la sacó de sus ensoñaciones

enfermizas.

¿Quién podía ser a esa hora? Si eran más de las tres de la madrugada, se dijo. Preocupada, se dirigió con rapidez hacia el rincón donde tenían el teléfono, sobre una cómoda abarrotada de figuras de porcelana.

—¿Dígame? ¿Quién llama a estas horas, si se puede saber? —dijo intentando adoptar un tono furioso que no sentía en realidad.

—Llamo de la Policía Local de Madrid. Es muy importante; no cuelgue, por favor. ¿Es usted familiar de la joven Ángela Blanco?

Marina se quedó paralizada. La policía preguntando por su hermana... Se le aceleró el corazón y se puso en guardia.

—Sí, soy Marina Blanco, la hermana de Ángela.

—Verá, siento mucho decirle que debo darle una mala noticia, muy mala. Debe usted venir con urgencia a la morgue del Hospital 12 de Octubre. Su hermana ha sido hallada muerta esta noche dentro de un contenedor de basura.

—¿Mi hermana? ¡No puede ser! Pero qué está diciendo usted, si ella no puede andar desde hace tres años. ¡No es posible!

—Venga cuanto antes, por favor, y podrá reconocer el cuerpo. Llevaba consigo su carné de identidad, por eso pensamos que es ella, pero no es seguro, por supuesto. Lo siento mucho, señorita, pero mi labor, a veces, es dar estas horribles noticias.

Marina colgó el auricular despacio. El silencio que se hizo en la habitación tras la conversación mantenida con el policía le pareció a Marina denso, opresor, pero no sentía tristeza. Ni una sola lágrima se formó en sus ojos.

## CAPÍTULO 2

*Diez días antes...*

Una pila altísima de papeles se sostiene a duras penas sobre la mesa del despacho de Antonio Blanco. Algunos son contratos de venta de pisos, otros de compra de terrenos, otros más son oscuras operaciones con testaferros de por medio. Antonio es un quincuagenario que aparenta diez años menos. Alto y corpulento, su cabello está encanecido por completo, pero no se le cae. Ni siquiera tiene entradas. Lo lleva siempre engominado, peinado hacia atrás, como se estilaba en los tiburones de los negocios de aquellos años de pelotazo rápido e impune. Su traje es impecable, de corte italiano, azul oscuro con camisa celeste y corbata amarilla con topos morados. Lleva chaleco gris, de marca.

La empresa de Antonio había subido como la espuma gracias a unas pocas operaciones exitosas. Estuvo en el momento justo en el sitio preciso. Solo tuvo que ser el testaferro de unos pocos políticos y banqueros que lo utilizaron para esquilmar a decenas de empresas pequeñas. Nunca entró en la cárcel. Los mejores abogados del país, a sueldo de la oligarquía financiera, se encargaron de que ni siquiera fuera llamado a declarar. A partir de ahí, tuvo carta blanca para hacer y deshacer, para invertir aquí y allá, previa llamada con información privilegiada que le permitía acertar siempre. Se había unido a los amos, a los que mandaban y mandarían siempre. Estaba varios escalones por debajo, pero en el grupo.

Antonio mira la pila de documentos, pero con la mirada perdida. Tiene la cabeza en otro sitio. Las sienes le palpitan. Presiente la jaqueca; sabe detectar sus síntomas. No podrá hacer nada por evitarla, ya la tiene encima. Son las dos y media de la noche, pero sigue trabajando. El edificio de oficinas de la calle Cristo Rey está vacío. Están él y el hombre de seguridad, Alberto Martín, que está en la primera planta.

El señor Blanco sujeta en su mano derecha una pluma de oro, una *Parker* último modelo, regalo de un conocido senador vasco que quiso pagarle, además de con influencias y contactos, el buen servicio realizado. Abstraído, garabatea monigotes y espirales en una hoja. Piensa en sus dos hijas: Ángela y Marina. La mayor le había salido rebelde. A partir de los catorce años, le fue imposible atarla en corto. Salía con amigos y volvía tarde a casa, preocupándoles a él y a su difunta esposa. A los dieciséis años tuvieron que ir a Villalba a por ella, pues había terminado allí, borracha como una cuba, junto a sus inseparables amigas Emma y Luisa, las responsables de haberla llevado por un camino de juergas continuas e irresponsabilidad. Pero ella también tenía su parte de culpa. No era

tonta y sabía muy bien lo que hacía. En su día no se atrevió a pararle los pies, poniéndole los límites que habrían sido lógicos y razonables para una adolescente, casi una cría. La España de los ochenta, muy especialmente en Madrid, se había convertido en un país de fiestas continuas por la noche. En la capital lo llamaron *la movida madrileña*. Ángela se integró desde el principio en esa maldita movida.

Se levantó de su cómodo sillón acolchado, último modelo traído desde Alemania, y se sirvió un whisky de la pequeña barra que tenía tras uno de los armarios. Solo su secretaria conocía la existencia de ese mini bar, pues era ella la encargada de surtirlo con eficacia. Miró hacia la calle. Madrid no dormía nunca. Se oían los petardeos interminables de las pequeñas motocicletas de los jóvenes, esas *Vespino* que tantas tragedias habían supuesto para muchas familias. Niños de trece y catorce años conduciendo por las calles como locos, a menudo borrachos. El accidente había terminado con esa pesadilla de las salidas nocturnas. Ahora Ángela, se dijo, se había vuelto más analítica, estaba centrada, pensaba más, meditaba sobre el futuro. No era para menos. Vivía en una silla de ruedas. La vida es dura, y lo es para todos. Ese cambio de carácter le convenía a Antonio, era justo lo que necesitaba para su futura heredera. Necesitaba que su hija no bebiera, que no fumara *petas*, como ella los denominaba, esos asquerosos cigarrillos de marihuana que la dejaban toda la noche como zombi, riéndose a carcajadas sin saber por qué y vaciando el frigorífico en cuanto llegaba a casa de madrugada.

De vez en cuando, la mente se le iba hacia la hija menor, Marina. Le tenía cariño, de eso no cabía duda, pero la veía débil para heredar sus negocios y su gran fortuna, conseguida con astucia y mucha dedicación. Marina no era tonta, pero su ambición, que no sabía disimular, aterraba a Blanco. Esa chica podría echarlo todo a perder en un instante. También podía, si tuviera más cultura, multiplicar la fortuna. Pero no sabía cómo. Le había dado todas las oportunidades. La envió a estudiar C.O.U a Estados Unidos, cuando pocos españoles lo hacían todavía. No sirvió de nada. Apenas aprendió inglés y soñaba con volver a Madrid. Se deprimía en Boston, le dijo. Había empezado dos carreras, sin aprobar una sola asignatura en ninguna de ellas. No, Marina no tenía la constancia que él necesitaba, ni la garra que sí veía en Ángela.

Pero Ángela había cambiado, para bien. Hacía no demasiado tiempo había descubierto que faltaban varios libros y manuales de economía aplicada y de finanzas internacionales de su nutrida biblioteca personal. Los huecos en las baldas le llamaron la atención. Después entendió quién los tenía. Era Ángela. Su enfermero se los había buscado para que ella los leyera. Aquello supuso para él una enorme alegría. Su heredera tenía que saber economía, no solo conceptos

básicos de escuela, sino leer y estudiar los libros de los mejores economistas de todas las épocas. Sus esperanzas renacieron. Lo que en un principio parecía un desastre difícilmente superable se estaba convirtiendo en la solución a muchos de sus problemas, exceptuando la pérdida de su mujer, que murió en el accidente que dejó a Ángela inválida.

«Carmen, mi pobre e inocente Carmen, tan guapa, siempre elegante y dispuesta a escuchar». Antonio quería a su mujer, pero a su manera. Querer, para él, era asegurarse en todo momento de que ni a su mujer ni a sus hijas les faltara nunca nada material. Cuanto más les proporcionara, con su lógica, más las amaba. Nunca entendió que Carmen deseaba otra cosa. Que no le diera tanto dinero, pero que llegara antes a casa, que fueran al cine algún día sin previo aviso, porque sí. Un simple paseo por El Retiro una tarde de otoño... Nada de esto pudo disfrutar nunca Carmen, pues los intereses económicos de Antonio, que eran también los de toda la familia, se superponían siempre a todo lo demás.

Trabajaba aún más que antes para superar su ausencia. Se había acostumbrado a ella y la casa se le venía encima. Por eso prefería estar allí el menor tiempo posible. A sus hijas las compraba con pesetas, con muchos miles de ellas. Cada día dejaba algún sobre con billetes de cinco mil o de diez mil sobre diferentes lugares de la casa, sabiendo que sus hijas, al menos Marina, los encontrarían con rapidez, como así era. Por más billetes que introdujera, su conciencia no se aliviaba. Sentía que las había dejado de lado, que solo miraba por él, por sus empresas, sus contactos cada vez más importantes, sus cuentas en todos los bancos del país y en varios del extranjero, especialmente en Luxemburgo. Dinero, dinero, dinero. Nunca tenía bastante. Siempre había luchado por hacerse un hueco en lo más alto, y lo iba consiguiendo, pero desde la muerte de Carmen, se había convertido en obsesión. Compraba, de la manera más descarada, a concejales de ayuntamiento, sobornaba a funcionarios de Hacienda que, siempre bajo informe, sabía que aceptaban sobres si la grosura de los mismos era suficiente. Estaba camino de convertirse en uno de los grandes, quería codearse con la oligarquía de siempre, la que nunca dejaba que los advenedizos trepan hasta allí.

Todos veían la desmedida ambición de Antonio y la aprovechaban en su favor, sabedores, como amos del país, de que el día que fuera molesto o alcanzara una fortuna demasiado escandalosa, se lo quitarían de encima con la facilidad y discreción con la que habían venido haciéndolo desde hacía siglos.

Dio un sorbo a su bebida mientras su pensamiento se concentraba en el enfermero de Ángela. Eduardo. Ese joven murciano, el clásico guaperas cachas, según expresión de Antonio, le cayó gordo desde el primer día. A Ángela le gustó, y no quiso hacer un nuevo drama, por lo que consintió en que fuera él

quien la cuidara desde el principio. Antonio estaba convencido de que cuidaba a su hija no solo por el sueldo, que en principio fue así, pues desconocía los entramados de la familia; sino que a medida que fue conociendo el mundo en el que vivía Ángela, la oportunidad de dar un buen braguetazo se impuso en la mente del joven. Antonio no podía quitarse esa idea de la cabeza. Era cierto, se decía, dando vueltas a los hielos de su vaso de manera mecánica, como un autómatas, que el muchacho era chistoso, tenía gracia, no lo podía negar. Siempre con esa sonrisa tan propia de la gente del sur, una sonrisa natural, nada fingida. Era lógico que Ángela estuviera encantada con él. Guapo, atlético, simpático, atento, amable. Tenía todo menos dinero, que era lo único que le preocupaba a Antonio. Una joven adinerada atraerá siempre, aunque esté en silla de ruedas, a un hombre joven y atractivo.

De repente, sus nudillos se tornaron blancos, debido a la presión que estaban realizando sus dedos contra el cristal del vaso. Se levantó y cogió la chaqueta. Volvía a casa.

## CAPÍTULO 3

*Diez días después...*

Marina reaccionó de repente y empezó a correr hacia la habitación de su hermana. Llevaba tiempo sin acercarse a ella. Desde aquella noche en la que discutieron sobre...

«No recuerdo ni sobre qué. Más bien prefiero no recordarlo. Es todo tan absurdo, tan triste».

Mientras corre, le parece que el pasillo se alarga como esos chicles que comía de niña, tan rosas, con tanto azúcar. Le gustaba sacárselos de la boca y estirarlos a conciencia. Su madre siempre le reprochaba que era una auténtica guarrería, pero a ella le gustaba. En pocos minutos, el dulce perdía todo su azúcar y por tanto todo sabor, y lo mejor que podía hacer con él era jugar manipulándolo. Al fin llegó ante la puerta de la habitación de Ángela. Se quedó parada, sin abrirla, expectante ante no sabía qué. No se atrevía a entrar. Tras unos instantes de duda que le parecieron paranoicos, se decidió a girar el pomo. No hacía falta llamar con los nudillos. Ángela no se encontraba allí, pero aun así, era la habitación de su hermana, y sintió su propia presencia extraña en ese lugar.

Recorrió con los ojos toda la estancia. Allí estaban los libros, los innumerables diarios que escribía de pequeña, de todos los colores y tamaños posibles, aunque predominaban los rojos. Le encantaban los cuadernos rojos rayados. Estuvo a punto de coger uno de ellos, sabiendo que lo tenía totalmente prohibido. Ángela jamás le había permitido leer ninguno. Ahora estaba muerta y nunca lo sabría. Pero no, no era el momento de esas chiquilladas. Mientras avanzaba hacia la cama, que estaba deshecha, con las sábanas muy arrugadas y la almohada en el suelo, se topó con el andador del que se ayudaba para caminar, siempre bajo la vigilancia de Eduardo. Lo tocó y se estremeció. Al instante le vino a la mente todo el sufrimiento por la muerte de su madre y las graves lesiones de Ángela. Ese andador era el constante recordatorio del accidente que había destruido la familia, incluyendo la relación entre las hermanas. Por culpa de la testarudez de su hermana, y sus repentinos ataques de furia, había muerto su madre y ella había quedado inválida. Como consecuencia, pensó, su padre las había abandonado a ambas, se había aislado poniendo como excusa el trabajo. Con ese fatídico accidente se habían roto demasiadas cosas. Marina siempre había considerado a Ángela una joven alocada, indigna de heredar la fortuna que les iba a dejar su padre, una fortuna que crecía año a año. No soportaba verla ir de juerga en juerga, gastándose, en ocasiones, en un solo fin de semana, unas cantidades de dinero que a Marina le hacían estremecerse. Una vez llegó a

gastarse sesenta mil pesetas entre viernes y sábado. Su padre tuvo una charla con ella el domingo y se calmó durante unas semanas, pero no tardó en volver a las andadas. Ángela había llegado a ser conocida por las fiestas que organizaba. A esas bacanales, pues la palabra fiesta se le quedó pronto corta, se apuntaban cientos de personas. Nadie quería perderse una fiesta de la sin par Ángela. Como el dinero corría a espuestas, los amigotes de copas se contaban por centenas. La adulaban y pululaban alrededor de ella muchísimos personajes que sabían salir de fiesta sin gastarse nunca un duro, encontrando a despreocupados jóvenes, siempre adinerados, como su hermana, que llevaban la cartera siempre repleta. Su padre le consentía todo. Y, si alguna vez él no le daba lo que quería, tenía a su madre, que, a escondidas, sacaba algo de dinero de la caja fuerte, diciéndole después a Antonio que se había comprado alguna joyita o que había invitado a unas amigas a algún restaurante caro. Ella le tapaba todo. Pero cuando la fiesta era una verdadera y salvaje salida de madre, Ángela poseía otros recursos. Recurría a vender alguna de las caras joyas que tenía. Regalos de admiradores y relojes o pulseras de oro compradas por sus padres. Cuando Ángela planeaba un fin de semana loco, sabía proveerse de abundantes billetes de diez mil pesetas.

Marina recordaba más esas salidas de su hermana que el calvario que había pasado durante aquellos tres años, con operaciones y dolorosos ejercicios de rehabilitación. Al principio se deprimía a menudo, lloraba sin parar, tenía accesos de cólera, en los que rompía cuanto objeto caía en sus manos, para después derrumbarse sobre su silla de ruedas y llorar con unos gemidos que hacían estremecer a Marina. Ella intentó consolarla al principio, pero era inútil. Ángela no quería estar con ella, la odiaba porque Marina se compadecía de ella. No quería compasión, ni provocar pena en sus seres queridos. El trauma fue alejándolas irremisiblemente.

Marina decidió, de repente, que tenía que llamar a su padre cuanto antes. Salió de la habitación de Ángela y se dirigió hacia el salón. Descolgó el auricular, negro, y marcó uno a uno los números del teléfono de la oficina de su padre, introduciendo los dedos por el pequeño hueco y haciéndolo girar. A pesar de la hora, Marina sabía que se hallaría aún en la oficina. Vivía solo para el trabajo, y permanecía gran parte de la noche resolviendo problemas financieros que le ocasionaban los múltiples chanchullos en los que andaba metido.

A través de la línea se sucedieron los tonos. Antonio no respondía. Cuando iba a colgar, la voz de su padre, dura, con un leve deje de cansancio, se oyó al otro lado.

—Dígame.

—Papá, soy yo. Tengo algo terrible que contarte —empezó a decir la joven; después permaneció callada unos segundos que a Antonio se le hicieron eternos.

—Estoy escuchando, hija, dime, ¿qué ocurre? —inquirió él con voz gélida.

—Han encontrado a Ángela... muerta, dentro de un contenedor de basura, papá. ¡Dios mío! ¡Es horrible! Yo...

—Pero ¿qué estás diciendo, Marina? ¿Cómo que la han encontrado muerta? ¿Quién la ha encontrado? ¡Pero si Ángela no puede andar! —rugió Antonio.

—Sí, un hombre, al parecer el dueño de una discoteca cercana, al ir a tirar unas bolsas de basura, se ha topado con el cadáver de mi hermana. Me acaba de llamar la policía para contármelo. Ahora tengo que ir allí. Papá, ven tú también, por favor. Ven conmigo. No podré ir sola, no voy a ser capaz —dijo Marina empezando a sollozar.

—Cálmate, Marina, por favor. Estate tranquila. Por supuesto que vamos a ir juntos. No te muevas, mejor espérame en casa. Salgo de inmediato para allá. No hagas nada, tan solo espera a que yo llegue.

—De acuerdo, papá —dijo Marina colgando el auricular y mirando el reloj de pared que estaba enfrente de ella. Era un bonito reloj de salón que simulaba ser un timón de barco. Estaba hecho de maderas tropicales. Eran las tres y cuarto de la madrugada.

Tras colgar el teléfono, se encaminó a la habitación del enfermero de su hermana, Eduardo. Antonio y ella habían decidido darle una habitación en casa, ya que Ángela, en las primeras semanas que siguieron al accidente, sufría fuertes dolores en las piernas y en las caderas; Eduardo, que dormía en la habitación contigua, podía salir a atenderla en segundos, en cuanto oía sus gemidos de dolor. Se acercó a la puerta y, en esa ocasión, llamó con los nudillos, esperando oír la voz del joven. Como no oyó nada, abrió la puerta y entró. Eduardo no estaba en la habitación. Curioseó unos minutos por la habitación del enfermero, pero no encontró nada extraño, aunque tampoco sabía qué habría podido considerarse extraño en una situación como aquella. Había unos pocos libros, bastantes discos de música clásica y diferentes botiquines muy bien ordenados. La habitación estaba muy limpia y ordenada, impecable.

## CAPÍTULO 4

*Morgue del Hospital Doce de Octubre, Madrid. 3:40 a.m.*

El detective Morales estaba junto al forense, Lucio Ortega, el cual examinaba con atención el cuerpo de Ángela Blanco. Félix Morales es un veterano policía, a pesar de tener solo cuarenta y cinco años; lleva veinticinco años en el Cuerpo. Tiene un rostro llamativo, poco frecuente para un español. Pelirrojo y pecoso como algunos irlandeses, de ojos verdes y pequeños como esos antiguos celtas de las islas, a menudo le confunden con un nórdico. Está acostumbrado a tener que escuchar que habla bastante bien en español para ser extranjero. Cansado de una anécdota que se repite con demasiada asiduidad, no siempre aclara la realidad de su nacionalidad. Morales, en el trabajo, viste siempre de traje. Habitualmente luce un elegante traje beis, bastante ceñido al musculoso cuerpo. Félix parece tener quince o veinte años menos. Su anguloso rostro tenía, aquella noche, una sombra de bermeja barba, bastante rala.

Observaba hacer a Lucio, un forense experimentado, con cuarenta años de profesión a las espaldas. Al cual le gustaba trabajar en silencio. Soportaba que hubiera un agente a su lado, siempre que no interrumpiera con las típicas preguntas que se sabía de memoria. Le gustaba estar con Morales porque él sabía respetar el trabajo de un forense.

—¿Reconoces este rostro, Félix? —espetó de repente Lucio.

—No quería interrumpirte, Lucio, pero claro que sí. Es Ángela Blanco. Pobre chica. No olvidaré jamás esa cara. ¿Cómo sabes que yo la recordaría?

—Recuerdo bien aquel accidente en el que murió su madre. La familia me pareció sumamente extraña. Todo fue muy raro en aquel caso. Te quitaron de en medio, Félix, pero nunca sabremos por qué.

—Quizá ahora entenderé el porqué, en efecto —respondió Morales, pensativo.

El detective se quedó mirando el cadáver de la chica y, moviendo la cabeza en horizontal, dijo:

—Esta mujer, incluso muerta es bella.

—Ciertamente, Félix. Un rostro muy proporcionado y simétrico.—apuntó el forense, sin la dramática entonación del detective.

—Bueno, Lucio, dime qué tenemos de momento.

—Tras este primer examen preliminar, no encuentro una sola herida por ningún lado. No hay señales de golpes tampoco, nada de nada. Es muy probable que haya muerto envenenada. También podría ser un paro cardíaco, por supuesto. Cuando termine todas las pruebas de las vísceras, haré que te avisen.

De momento, no puedo decirte más. Tiene alguna marca de inyecciones en el brazo, pero son continuas, o sea, que cada día las recibe, quizá calmantes para el dolor, habrá que verlo.

—Gracias, Lucio. Voy a la entrada; supongo que en pocos minutos empezará el desfile de familiares. A ver con qué me encuentro esta vez.

—Y vamos a ver también si no te quitan del caso, como la otra vez — replicó el forense.

—Sí, no las tengo todas conmigo. De todas formas, si veo algo extraño o que me la quieren volver a jugar, desaparezco yo antes. Estoy cansado de tanto politiquero y de tantos intereses y corruptelas. No te imaginas cómo está todo de podrido.

—¿Que no me lo imagino? No olvides que soy forense. ¿Sabes las cosas que me veo obligado a contemplar a diario?

—Es cierto, Lucio. Me refería a cómo están las cúpulas.

—Te he entendido perfectamente. Es general. Y no solo es en España.

—En fin, hasta pronto. Avísame con lo que sea.

—Te tendré informado de todo —dijo Lucio Ortega.

Mientras avanzaba por los pasillos del hospital, vacíos y en total silencio a aquellas horas, Morales empezó a recordar todos los detalles del caso de Ángela. Le pareció sobremanera extraño que hubiera sido hallada muerta en tales circunstancias, teniendo en cuenta que aquel fatídico accidente le había dejado en una silla de ruedas. Le vinieron a la memoria, como un rayo inesperado, las declaraciones del padre, Antonio Blanco, aquella misma noche: «Verá, unos amigos de mi hija la han traído a casa de una de sus múltiples fiestas. Estaba borracha, la verdad. No iba como una cuba, desde luego, eso no, pero sé cuándo mi hija ha tomado una copa de más. Hemos tenido una fortísima discusión. Acabamos hablando a grito pelado. Le he dicho que era la última vez que volvía a casa en ese estado o la desheredaría. Sé que con Ángela es lo único que funciona. Tiene miedo de perder su alto nivel de vida. Solo así consigo, aunque no siempre, corregirla un poco, pero es muy rebelde, a veces se comporta como una verdadera salvaje. Ni su madre ni yo somos capaces de hacer nada, es como una pantera enjaulada. Y esta noche ha sido peor que nunca. Tiraba jarrones, arrojaba al suelo todo lo que pillaba. En un momento dado, yo... bueno, he ido a darle una bofetada, pero me he quedado con la mano en alto. Sus ojos brillaban de tal forma que no he sido capaz. Me ha dado miedo. Ella estaba esperando que la sacudiera. He pensado que podría estropearlo todo aún más y me he guardado la bofetada. Entonces, justo entonces, ha cogido las llaves de su coche, que estaban sobre la mesa del salón, y ha salido disparada. Su madre ha salido detrás de ella, muy preocupada debido a su estado. No he querido intervenir pensando

que podíamos tener una desgracia y ahora... Pensé que mi mujer cogería el volante. Supongo que Ángela no se lo permitió o no le dio tiempo, no lo sé».

Morales recuerda cómo, justo después de aquellas palabras, Antonio Blanco calló durante muchos minutos incapaz de pronunciar una palabra más.

Morales pensó que un accidente de coche no era extraño, podía suceder, máxime cuando la conductora iba embriagada y acababa de mantener una acalorada discusión con un familiar. Pero, que a esa misma chica, tres años después y cuando está inválida, la encuentren dentro de un contenedor de basura... Eso no es un accidente. El detective estaba deseando poder interrogar a los familiares cuanto antes.

Desde la morgue llamó a la comisaría para dar órdenes a los agentes de que se dirigieran con urgencia al domicilio de Ángela Blanco e inspeccionaran su habitación en primer lugar y, si lo consideraban oportuno, el resto de estancias de la casa.

## CAPÍTULO 5

*Comisaría de Policía de la calle Princesa de Madrid. 5 a. m.*

Morales llegó a la comisaría a las 4 y cuarto. Todavía no había llegado ningún familiar de la víctima. Estuvo hablando con algunos compañeros hasta que, de repente, entró un pequeño grupo de personas. Eran los familiares y amigos de Ángela Blanco. A Félix Morales no le pasó desapercibido el hecho de que todos ellos parecían estar muy tranquilos, como si vinieran a una clase de autoescuela o a la casa de un amigo a tomar unas copas. No le pareció normal. No vio rostros pálidos ni desconcierto en las miradas. Un agente de policía los acompañó hasta una sala especial donde el detective Morales, junto con varios agentes, procedería a interrogarlos.

A la comisaría habían acudido Antonio y Marina Blanco; Daniel, el novio de Marina y Luisa y Emma, las dos mejores amigas de Ángela, las que siempre la habían acompañado en sus correrías nocturnas y las que, también, la habían acompañado en aquellos últimos años posteriores al accidente.

Morales, tras mirar a todos ellos, ya sentados alrededor de una vieja mesa barata, de plástico, sacó del bolsillo de su americana una pequeña libreta que tenía un minúsculo lapicero metido entre sus anillas.

Cuando se disponía a hablar a los presentes, la voz de Marina Blanco rompió el silencio que se había hecho en la sala.

—Si se me va a interrogar, exijo la presencia de mi abogado. Y también — exclamó haciendo una ostensible y extraña (por lo larga, lo que a Morales le pareció artificial, calculado) pausa— exijo la presencia aquí y ahora del asesino de mi hermana. Pido que traigan a Eduardo Alcaraz, el enfermero de Ángela.

Marina, tras decir estas palabras, permaneció en silencio. Los demás la miraron estupefactos, también en silencio. Morales reaccionó con rapidez e intervino.

—Muy segura está usted, señorita, de la identidad del asesino. Si no le importa, va a pasar conmigo a otra habitación. Allí me contará lo que sabe. A los demás —añadió, dirigiéndose al resto que escuchaba con atención— los interrogaremos dentro de unos minutos. Aguarden aquí, por favor. Los agentes les irán tomando algunos datos que nos son de interés.

Marina, pese a que había solicitado la presencia de su abogado, pasó sin problemas ni más protestas a la sala contigua, precedida de Morales. Este cerró la puerta con suavidad, le ofreció una silla a Marina y a continuación se sentó él.

—Bien, Marina. Estoy ansioso de conocer su versión de los hechos. Adelante.

—Veo que recuerda mi nombre —comentó, no sin cierta coquetería, la joven, contenta de que un hombre tan atractivo como el detective, aunque no fuera ningún crío, recordara su nombre tras tanto tiempo transcurrido.

—Recordar siempre caras y nombres, entre otras muchas cosas, forma parte de mi trabajo —respondió el detective, algo frío.

—Vengo de la morgue, de reconocer a mi hermana —dijo mirando a los ojos de Morales.

—¿De la morgue del hospital? Pero si yo vengo también de allí. ¿Cuándo ha estado usted?

—Hará unos cuarenta y cinco minutos. Venimos, mi padre y yo, justo de allí. Me lo pidió la policía por teléfono.

—Entiendo. Han tenido que llegar ustedes justo cuando yo he vuelto de allí. —reconoció Morales, al que no le gustaba no tener todo controlado.

—Bien —añadió él yendo al grano—, estoy esperando que me explique el porqué de sus sospechas.

—No utilizaría yo la palabra sospecha, precisamente, sino certeza, señor Morales. Tengo la certeza, además de que, por supuesto, tenía también sospechas. Dígame, si usted viene también de la morgue, ¿no ha notado nada extraño en el cuerpo de mi hermana?

—Extraño... ¿en qué sentido? —preguntó el detective.

—Supongo que el forense sí lo habrá notado, pero me extraña que no se lo haya comentado. Me gusta fijarme en los detalles y he podido apreciar, aunque no me han dejado demasiado tiempo para observar, que en su brazo izquierdo hay un par de puntos muy sospechosos, que indican que ha muerto de sobredosis de alguna droga o veneno. No soy experta, hasta ahí no llego, pero he visto con claridad esas marcas.

—El forense, uno de los mejores de España, al que conozco desde hace muchos años, sí me ha comentado que podría haber sido envenenada, pero no suele querer dejarme pistas hasta que sus sospechas se transforman en hechos científicos demostrables. De momento, si su hermana, como me han informado, necesitaba abundante medicación para combatir el dolor, me parece precipitada, por no decir otra cosa, su conclusión.

—Él le administraba a mi hermana calmantes, sí, pero no dejan de ser drogas; usted sabe mejor que yo que unos pocos más de la cuenta llevan a cualquier persona al otro barrio, de una manera rápida e indolora. Y es justo lo que ha pasado en este caso. Si no me quiere creer aún, lo respeto, desde luego, pero pronto verá quién tenía razón. Por cierto, ¿por qué no está él aquí? ¿No le parece extrañísimo? Si tan inocente es, debería haber estado en su habitación y haber venido aquí con nosotros. Pero se da la rara casualidad de que Eduardo no

estaba en casa. He entrado yo misma a su cuarto. Estaba vacío.

—Aguarde aquí un segundo, no se mueva —ordenó Morales.

El detective salió y, en voz baja, al oído, le susurró algo a un policía. Al instante, volvió a entrar en el cuarto en el que se hallaba Marina.

—Acabo de pedir la orden de busca y captura de Eduardo —informó Morales—. Los agentes tenían orden de traerlo a declarar, como a ustedes, pero de momento no lo hemos hallado. Lo encontraremos, no se preocupe.

Marina sonrió satisfecha y movió la cabeza de arriba abajo, como queriéndole decir al detective: «buen chico, bien hecho».

Morales salió de la sala, dejando allí a Marina. Luisa, Daniel, Antonio y Emma habían salido de la sala de interrogatorios y estaban hablando en parejas. Daniel y Luisa por un lado y Emma con Antonio por otro. El detective pudo escuchar parte de la conversación de aquellos.

—Marina dice que la ha matado a base de sobredosis —decía Luisa a Daniel—. Ese chico no me gustó nunca, en el fondo. Aunque reconozco que al principio nos encandiló, con su sonrisa, sus ojos... Es un chico guapo, quizá acostumbrado a conseguir cosas de las mujeres, pero esto...

—Esperemos que lo encuentren pronto. Marina me ha dicho que no estaba en su habitación cuando ha entrado esta noche. La verdad es que muy buena pinta no tiene, siendo él su enfermero... —dijo Daniel.

Daniel llevaba saliendo cuatro años con Marina. Era su perrito faldero. Asentía a todo lo que decía ella y había adaptado sus gustos personales a los particulares de su novia. Ya no le gustaban los perritos calientes desde que un día, Marina, le dijo que eran una comida repulsiva. Y así con todo. Daniel se había autoconvencido, para alegrar a su novia, de que el enfermero era el asesino de su hermana.

—¿Tú también crees que es culpable, Daniel? —inquirió Luisa.

—Hombre, soy médico, y puedo entender las posibilidades que tiene una persona que cuida a otra de poder hacer daño a la persona que tiene a su cargo. No lo sé, no tengo pruebas, pero...

En ese momento, Marina salió de la otra sala y Daniel, al verla, calló de inmediato, temeroso de que pudiera haber escuchado su débil y comprometedor «no lo sé».

Morales, mientras tanto, fingía consultar los papeles de una carpeta, pero estaba, en realidad, escuchando con gran atención la conversación de Luisa y Daniel. Justo entonces, dos policías, los mismos que llegaron a la escena del crimen mientras Francisco velaba el cadáver, entraron trayendo a Eduardo Alcaraz esposado. El joven tenía los ojos enrojecidos. Sin duda había llorado. Las conversaciones se detuvieron en cuanto vieron aparecer a Eduardo. Todos lo

miraron con temor. Se echaron levemente hacia atrás de manera instintiva, como si fuera una fiera salvaje en vez de un ser humano. Emma, en cambio, comenzó a proferir gritos:

—¡Asesino! ¡Malnacido! Has matado a mi mejor amiga, eres un vil asesino. ¡Vas a pagar por lo que has hecho, maldito desgraciado! Cab...

Antonio le tapó la boca a la joven.

Marina y Félix contemplaban también el demacrado rostro de Eduardo, que se hundía ante los gritos de «asesino» que había escuchado de Emma, bajando aún más la cabeza. Entonces, Marina agarró a Morales del brazo, mientras apuntaba con el dedo índice al enfermero y le dijo:

—Ahí tiene usted al culpable, ahí está el asesino de mi hermana. Si no le hace pagar por su crimen, le juro por la memoria de mi madre que todo el poder de mi familia recaerá sobre usted. No puede dejarlo libre, lo tienen aquí, lo han cogido. Bravo por la policía. Ahora no tiene más que encarcelarlo.

Ante estas amenazas directas, Morales se desembarazó con un brusco tirón de la mano de Marina que le agarraba por una manga y la miró con cara de pocos amigos.

—Cálmese y no se le ocurra amenazarme nunca más, es la última vez que se lo digo. Vamos a hacer todo lo posible por descubrir al asesino, que puede ser Eduardo como podría serlo también cualquiera de ustedes. Déjeme hacer mi trabajo y no interfiera en la investigación. Por esta vez se lo voy a pasar porque puedo entender su estado de nervios ante esta desgracia —dijo Morales, bastante irritado, en voz baja.

—¿Cualquiera de nosotros? Usted desvaría, perdone que le diga —dijo Marina al tiempo que hacía un desagradable gesto con la comisura de los labios.

—Por favor, ahora puede retirarse, hablaré con usted cuando mis compañeros la avisen —dijo Morales con poca delicadeza, dándole la espalda a la joven para zanjar así esa fastidiosa conversación.

El detective observó el cuadro que se presentaba ante sus ojos. Allí, frente a él, estaba el padre, Antonio, sentado en una silla junto a una de las ventanas. Tenía la mirada perdida. Los demás, Emma, Luisa y Daniel, estaban expectantes, sin saber muy bien qué hacer ni qué decir. Esperaban que Morales tomara la iniciativa. Estaban todos ellos de pie. Félix Morales se acercó a Antonio. De repente pareció salir de su ensimismamiento y miró al detective a la cara. Los ojos de Antonio estaban como inyectados en sangre. La furia ardía en ellos. Sin levantarse de la silla, pronunció estas palabras:

—Solo espero que se castigue con la máxima dureza a ese asesino. Ha matado a mi hija. Tiene que caer sobre él todo el peso de la ley.

—Voy a trabajar para que el asesino de su hija no salga de la cárcel en

mucho tiempo, pero, por favor, no personalicemos, por muchas sospechas que crean tener cada uno de ustedes. Aún no tenemos nada de nada. Ser el enfermero de una persona no le convierte a uno en un asesino. Ahora me gustaría hablar con usted en privado, si es tan amable.

—No estoy ahora para hablar demasiado —dijo Antonio, girando la cabeza y mirando hacia un punto indeterminado de la sala.

—Imagino que no tendrá ganas de nada ahora, señor, pero es esencial que, estando usted aquí, conteste ahora a ciertas preguntas, y no otro día, cuando los detalles se hayan desvanecido. Por favor, acompáñeme.

El tono de voz de Morales, unido a su decidido gesto fueron suficientes para que Antonio se levantara de la silla y lo siguiera a una sala de interrogatorios.

—Le he llamado aparte porque hay un detalle que me preocupa, señor Blanco —dijo Morales.

—¿Cuál es ese importante detalle?

—La entrada de todos ustedes a la comisaría. En este asunto hay algo muy sucio, muy feo. Mi instinto me lo dice. Sus gestos, sus rostros, no eran en absoluto de personas que estén bajo un estado de conmoción por una noticia como esta. Es como si ya lo esperaran, de alguna manera, no sé cuál, por supuesto, pero esto, a ninguno de ustedes, les ha pillado de improviso. En cambio, el rostro de Eduardo es lo contrario, está totalmente desconcertado, no se cree lo que ocurre, no entiende nada. Es justo la reacción que habría esperado de ustedes, especialmente del padre y de la hermana, desde luego.

—Vaya, vaya, detectivucho de cuarta... De manera que se atreve usted a juzgarme, a juzgarnos a todos, mejor dicho, según el rostro o no sé qué posturas o gestos que usted esperaba ver. Es indignante, no sé si reír o llorar, amigo.

—Tengo una grandísima experiencia, aunque no creo saberlo todo, ni mucho menos, acerca de las reacciones de familiares y amigos en casos como este. Las reacciones a las que me refiero no pueden nunca, ni por los mejores actores del mundo, fingirse. El dolor del alma se refleja en la cara, en la mirada, en las manos, en todo. Me llevo fijando nada menos que un cuarto de siglo, y le repito que ustedes no están, en absoluto, sorprendidos por este luctuoso hecho. No estoy acusando a nadie, estoy constatando un hecho que, para mí, constituye un hecho de experiencia. No estoy diciendo, ojo, que no quisiera usted a su hija, no creo que se trate de eso, pero por alguna razón usted intuía, o esperaba, no sé, que algo así sucediera algún día. Eso es justo a lo que me refiero. Es como si hubieran estado esperando este desenlace.

Antonio Blanco permaneció en silencio. Miraba con arrogancia al detective, pero no se esperaba esa retahíla contra él y su hija. Estaba, ahora sí, desconcertado y Morales aprovechó justo el gesto que se le había quedado a

Antonio.

—Vaya al servicio de la comisaría, señor Blanco, por favor, pero vaya ahora mismo, y mírese la cara, sí, ahora. Ahora usted está desconcertado, muy sorprendido por mis palabras. Trata de no acusarlo, de que yo no se lo note, pero no se puede evitar. Esto es a lo que me refería. ¿Me va entendiendo mejor? Vaya, vaya usted y mírese. Hay una gran diferencia entre el rostro que tenía usted al entrar a la comisaría y el que tiene ahora.

—Creo que usted quería interrogarme, o algo por el estilo. Si es que sabe cómo hacerlo, porque estoy empezando a dudarlo —fue lo único que alcanzó a responder Antonio.

—Sé muy bien cómo hacer mi trabajo, no se preocupe. Los tiempos los marco yo, no los sospechosos.

—¿Me está acusando de algo, detective?

—Hablo en general. Ahora mismo, sospechosos son todos ustedes, sin excepción. Ninguno más que otro, pero no hay ninguno, de momento, para nosotros, que pueda ser exonerado de culpa. Bien, ahora dígame, ¿cómo era la relación con su hija mayor?

—Bueno, tras el accidente ella había cambiado mucho. Era más responsable, sí, pero se había vuelto también, sobre todo al principio, melancólica. Temíamos por su vida. No quería vivir si no podía utilizar sus piernas. Haber sido la responsable de la muerte de su madre no ayudaba mucho tampoco. Nos veíamos poco, pero la relación no era mala. Yo soy un hombre muy ocupado, señor Morales. Vuelvo a casa casi de madrugada, muchos días apenas duermo. Con un ritmo de vida así, la verdad es que no queda mucho tiempo para la familia, pero Ángela lo era todo para mí. Era mi ángel, por eso le puse ese nombre.

—Por lo tanto, estando tan ocupado como dice, no creo que pueda decirme si en los últimos tiempos, a su hija le preocupaba algo o tenía algún problema grave —inquirió el detective.

—Se la veía bien, mejor que antes, la verdad. No, no había problemas especiales.

—Este joven, Eduardo, su enfermero, al que todos ustedes consideran ya el asesino de Ángela, ¿cómo influyó en la vida de su hija?

—Se preocupaba de ella, eso es cierto. Estaba día y noche a su lado. Me parece... bueno, no solo a mí, es la opinión general, que Ángela se encaprichó de ese muchacho. Ya lo ha visto usted, es un guaperas de discoteca, quizá haya sido un rompecorazonas toda su vida, no lo sé, pero he visto cómo lo miran todas las mujeres. Y Ángela no iba a ser menos. Que un hombre como él se ocupara a todas horas de ella supongo que le subió el ego. Al principio me pareció bien, si

eso animaba a mi hija, pero ahora entiendo el tremendo error que cometí al contratarlo. En realidad, fue mi hija Marina quien lo conoció en el hospital de Daniel, pero fui yo quien dio el definitivo visto bueno.

—De acuerdo, señor Blanco, de momento es todo. Es muy tarde y estará usted agotado. Tengo que interrogar a Eduardo ahora. Gracias y buenas noches. Pueden irse todos a sus respectivas casas. Mis compañeros tienen sus números de teléfono. Intenten estar en casa, o, en su caso, en la oficina, el máximo tiempo posible por si surgieran novedades y tuvieran que volver a declarar.

—Tiene usted al asesino cogido, señor Morales. Ya lo tiene. Simplemente, no lo deje usted escapar. No haga tonterías —dijo Blanco con un tono de advertencia que se acercaba más a la amenaza clara.

—Yo no me meto en sus asuntos inmobiliarios, señor Blanco. No se meta usted en los míos y todo irá mejor. ¿Se imagina que yo empezara a recomendarle ahora compras o ventas de tal o cual terreno insinuando que usted, como experto en el tema, no sabe lo que se hace?

Antonio Blanco acusó el golpe. No acertó a encontrar una respuesta adecuada y prefirió salir del despacho del detective.

\*\*\*

Eduardo permanecía esposado, a la espera del juez, en una sala especial que era más un calabozo que otra cosa, aunque pretendieran fingir que era una sala donde los sospechosos habían de esperar a los jueces. Morales entró y lo sacó de allí. Le quitó las esposas y le ofreció un café. Eduardo aceptó encantado, viendo que había al fin alguien que se preocupaba un poco por él.

Pasaron a la sala de interrogatorios, una sala fría, sin más muebles que una mesa de metal y un par de sillas viejas e incómodas. Eduardo se dijo que la visión de esa sala le parecía el antónimo más preciso del adjetivo «acogedor». Morales se quedó mirando a Eduardo detenidamente. El rostro del joven era todo un poema trágico. Está aterrado, confundido, no entiende nada. A Morales le parece sincero, empieza a parecerle del todo inocente, aunque quiere asegurarse. Se nota que ha llorado mucho.

Morales, al fin, cogió la otra silla y se sentó frente al enfermero. Este llevaba unos vaqueros algo sucios, muy gastados y una camiseta negra. El continuo movimiento de sus manos indicaba a Morales el gran nerviosismo en el que se hallaba. Su mirada deambulaba de aquí para allá, sin conseguir fijarse en parte alguna. Morales, experto y paciente, decidió esperar a que el muchacho fijara en él su mirada. Tras un par de minutos de dudas, Eduardo arrancó a hablar.

—Señor, por favor, escúcheme con atención, por favor se lo pido. Se lo

suplico. Soy inocente, no sé qué ocurre, no entiendo nada, quizá alguien haya fabricado pruebas en mi contra, lo desconozco, solo sé que jamás podría hacer daño a Ángela. No he hecho daño a nadie en mi vida, ni siquiera a una hormiga. Y menos aún a una mujer tan maravillosa como era Ángela. Usted no me conoce, yo tampoco a usted, pero no tengo a nadie. En su mirada veo algo que no vi en los otros policías. Usted duda de mi culpabilidad, o quizá sea solo que deseo que dude. Es que...

No pudo continuar. Un fuerte llanto le impidió hablar durante casi cinco minutos. Morales quedó, solo al principio, un tanto desconcertado. Los espasmos del llanto eran tan fuertes que tuvo que levantarse para consolarlo, poniéndole una mano sobre el hombro. Eduardo, finalmente, se calmó un poco. Félix decidió que lo mejor era esperar a que se le pasara ese ataque antes de hacerle ninguna pregunta. Le dio un paquete de pañuelos de papel. El enfermero se sonó la nariz e intentó limpiarse un poco la cara de lágrimas. Morales, por humanidad, decidió llevarlo hasta el lavabo. El chico necesitaba refrescarse la cara y asearse un poco. Sintió lástima por el joven, cosa extraña en un detective tan experimentado como era él. Por eso mismo le pareció que con esa persona se estaba cometiendo una injusticia, pero podía ser todo una trampa. Eduardo podía ser un actor de primera que lo estuviera engañando. No podía fiarse de nadie, ese era su lema. Ante todo los hechos, después las corazonadas.

Cinco minutos después, volvieron del servicio. Entraron a la misma sala. Morales no quiso sentarse. Dejó que Eduardo lo hiciera. No quería que su presencia lo intimidara. Le pareció una persona sensible en extremo por lo que consideró que una pequeña distancia facilitaría la conversación.

Morales empezó a leer de un informe algunos datos personales de Eduardo.

—Se llama usted Eduardo Alcaraz López. Es natural de Murcia. Con apenas veinte años usted ya era diplomado en Enfermería. Trabajó en distintos hospitales haciendo sustituciones. Hasta que conoció a la familia Blanco. Desde entonces, ha trabajado con la fallecida hasta ayer mismo. No tiene antecedentes penales y jamás ha sido denunciado. Ni siquiera consta una simple multa de tráfico. Es usted un ejemplo, señor Alcaraz.

—No me considero mejor que nadie, tampoco un santo, señor, pero sí sé que jamás he hecho daño a nadie. Al contrario, he dedicado mi vida a formarme para ayudar a los demás, para aliviar su dolor, para animarlos. Usted me ve ahora así, pero soy divertido, muy bromista. Uso mi buen humor natural con los pacientes. Eso da mejores resultados que los medicamentos, créame.

—No lo dudo, Eduardo. Continúe usted —interrumpió Morales para alentarle.

—Si supiera usted cómo se reía a veces Ángela con mis chistes y chirigotas.

Su risa es...

Ese verbo en presente hizo daño a Eduardo. Ya no podía utilizarlo, pero se negaba, algo en su interior le impedía hablar de ella en pasado, no podía.

—Su risa es fresca como el rocío de la mañana, pura como el arroyuelo de un manantial. Por oír esa risa yo podía estar toda la noche pensando historias divertidas o mejorando chistes viejos que le había contado mil veces.

—Usted parece haberle cogido un cariño especial a Ángela.

—Así es, señor, no lo niego. Nunca lo he negado. Le tengo, me niego a decir tenía, le tengo mucho cariño, muchísimo. Yo era feliz trabajando en su recuperación. Había hecho tantos progresos...

Estuvo a punto de echarse a llorar de nuevo, por lo que Morales le hizo la pregunta que llevaba esperando formularle desde hacía muchos minutos.

—Eduardo, míreme y conteste. ¿Dónde ha estado usted esta noche en la que han encontrado a Ángela muerta dentro de un contenedor de basura?

Se produjo un silencio que no duró más de diez segundos. A Morales se le hicieron eternos. Veía las dudas de Eduardo, pero sabía que contestaría la verdad. Simplemente le costaba, había algún secreto.

—Yo estaba en una iglesia, hablando con un amigo —respondió Alcaraz.

La breve respuesta desarmó al detective. Se dijo a sí mismo que ni en sueños habría esperado una contestación como aquella.

—Explíquese un poco más. Le creo, pero no entiendo bien. Una iglesia, a altas horas de la madrugada, dejando usted sus obligaciones como enfermero...

—Ese amigo es el párroco de la iglesia. Nos llevamos muy bien. Yo soy católico practicante. Conocí al padre Alberto al poco de llegar a Madrid y poco a poco fuimos intimando. El motivo por el que he ido precisamente esta noche allí es... —Eduardo se detuvo de nuevo, profundamente conmovido por el dolor.

—Adelante, Eduardo, hable, ayúdese a usted mismo, no oculte nada. Si es inocente, tiene que contarle todo —lo alentó Morales.

—Ángela y yo íbamos a casarnos esta noche —sentenció el joven, que de inmediato se puso ambas manos sobre el rostro, tratando de ocultar su dolor infinito.

## CAPÍTULO 6

Eduardo, tras confesar al fin ese secreto que Ángela y él habían ocultado a todos, se quedó en blanco; no pudo continuar hablando. Su mirada, perdida en un mar de dolor y confusión, se quedó fija en la pared de enfrente. Morales quiso dejar al enfermero unos instantes de reposo. Sintió verdadera lástima por ese hombre, y no le gustó esa sensación. Se tenía dicho a sí mismo que jamás debía sentir pena por los sospechosos, por más que su corazón le dijera lo contrario. Su profesionalidad se podía ver seriamente afectada en caso de dejarse arrastrar por sentimientos humanitarios, lógicos en cualquier otra persona, pero peligrosos para él. A pesar de que sabía de sobra todo esto y a pesar también de su vasta experiencia, sintió que podría poner la mano en el fuego por la inocencia de aquel joven, pero no cometería el error de decírselo a él, al menos no tan pronto. Eduardo había dejado de llorar. No salía de ese ensimismamiento y no parecía que fuera a salir de él sin la intervención de Morales. El detective le pasó una mano por el hombro, pese a que no solía efectuar gestos como ese nunca, pero le pareció que ese hombre no podría seguir hablando sin que él mostrara un poco de humanidad. Se estaba derrumbando y necesitaba la declaración esa misma noche.

—Eduardo, por favor, trate de calmarse y de recordar. Escúcheme bien. Me gustaría que me contara, de una forma detallada, cómo conoció a Ángela, en qué circunstancias, cómo le contrataron, etcétera. ¿Se siente con fuerzas para ello?

El joven enfermero pareció salir del oscuro pozo de su dolor y miró a Morales.

—Eh..., sí, sí, desde luego. Disculpe, es que aún no puedo asumir la muerte de Ángela. Es demasiado doloroso para mí.

Eduardo calló y permaneció en silencio durante todo un minuto. Cuando Morales estaba a punto de volver a interpellarlo para que comenzara a hablar, empezó con su relato. «La conocí hace tres años. En aquella época yo estaba trabajando en un hospital de Madrid haciendo alguna que otra sustitución, sobre todo turnos de noche. Una tarde, durante un descanso, estaba hablando con una compañera mientras tomábamos un café. Le estaba contando mi situación, cómo me las veía y me las deseaba para llegar a fin de mes y conseguir pagar a tiempo el alquiler de mi diminuto apartamento. Cerca de nosotros se hallaba una mujer joven. No era otra que Marina, la hermana de Ángela. La misma que me ha llamado esta noche asesino. Al parecer, estaba escuchando nuestra conversación mientras fingía leer una revista. Cuando terminé mi bebida y me disponía a reiniciar el trabajo, Marina se me acercó. Me dijo, con voz muy amable, que

había escuchado por casualidad mi conversación con la enfermera. En aquel momento no tenía por qué dudar de aquella providencial casualidad, pero ahora empiezo a entender mejor todo. Yo quedé sorprendido de que alguien hubiera estado escuchando el relato de mis problemas, pero, como le digo, no le di mayor importancia. Me resumió en pocas frases la situación de su hermana, el accidente que había tenido, que la había paralizado las piernas y que estaba muy deprimida y tenían miedo de que hiciera una locura. Me comentó que le había gustado mucho mi tono, ya que, a pesar de mis dificultades, de las que se había podido enterar al escuchar toda la conversación, me notaba muy optimista y decidido. Me dijo que podría ser el enfermero ideal para su hermana. Desde el principio pensé aceptar. Ni siquiera necesitaba que me explicara más detalles, pero quería aclararme bien las condiciones y le dije que no podía entretenerme más y que podríamos continuar la charla al día siguiente, cuando terminara mi turno de noche. Ella me ofreció ir a su casa, donde también vivía, claro, Ángela, y allí podría yo decidir si aceptaba aquel empleo. Y así lo hice. Al día siguiente, tras haber dormido tres horas escasas, pues Marina me citó a las doce del mediodía, me presenté en la dirección que me apuntó en una servilleta. La familia Blanco, supongo que lo sabrá usted, vive en una opulenta mansión. La casa me impresionó mucho al principio. Seguridad en la entrada, grandes verjas negras con cámaras... Bueno, ya sabe, el estilo de casa de gente adinerada y que valora la seguridad. Marina me recibió muy elegante, maquillada, bien vestida. Estaba claro que quería darme la mejor impresión y que deseaba que yo acabara aceptando su oferta. Me enseñó la casa, deteniéndose en cada habitación para que pudiera admirar la suntuosidad de aquella mansión. Todos los muebles eran caros, pero a mí me pareció que estaba todo demasiado recargado. Nada más entrar, supe que me pagarían bien. Algo en mi interior me decía que no cuadraba mucho esa situación. Una familia tan adinerada podría tener al mejor fisioterapeuta o rehabilitador, con referencias y todas esas cosas. En cambio, me habían llamado a mí por el hecho de haber estado en el lugar preciso en el momento adecuado.

Después de mostrarme toda la casa, Marina me llevó a una sala donde solamente había una gran mesa y varias sillas acolchadas, muy cómodas, alrededor. Me dijo que debía esperarla durante algunos minutos, ya que tenía que realizar una llamada importante. Mientras la aguardaba, pensé que las futuras generaciones de los Blanco tendrían la vida asegurada en vista del ostentoso lujo que exhibía, al contrario que yo. He tenido que trabajar mucho toda mi vida, sobre todo para poder pagarme los estudios de enfermería que poseo. Y ahora, ya lo ve usted, alguien me ha utilizado para ser chivo expiatorio de este horroroso crimen. Han matado al amor de mi vida y pretenden acusarme a mí de este acto

infame. Sé cómo funciona el mundo y comprendo que lo tengo mal, mi situación es dramática, todo está en mi contra. Continúo con el relato, disculpe por estas digresiones. Marina volvió de hablar por teléfono y me hizo su oferta. Necesitaban una persona que pudiera quedarse con Ángela día y noche. Querían que me quedara allí a dormir, en una habitación cercana a la de Ángela. El sueldo era excelente. Pero, aunque hubiera sido una paga exigua, habría aceptado igualmente. Tenía casa y manutención incluida, aparte del sueldo. Solo faltaba un requisito: conseguir el visto bueno del jefe, de Antonio Blanco. Marina me dijo que, antes de empezar, yo debía tener una conversación con su padre. Si él aceptaba, estaba contratado».

—Entonces, usted no empezó a trabajar ese mismo día, deduzco —inquirió Morales.

—Así es. Empecé la semana siguiente. Tuve la entrevista con Antonio un sábado por la mañana, unos días después de esa primera visita a la casa.

—¿Cómo fue esa conversación con el padre? —preguntó el detective.

—Le digo la verdad, de corazón, no porque yo me halle ahora en esta situación. No me gustó nada. Estuve a punto de no aceptar el trabajo debido precisamente a esta charla. Pero seguía sin conocer a mi paciente, a Ángela, y la curiosidad era ya muy grande. Decidí esperar a conocerla para tomar la decisión. Y, ¿sabe? no me arrepiento ni me arrepentiré de ello jamás, pase lo que pase. Ángela ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Entiendo, Eduardo. Pero continúe con el tema de Antonio. Decía usted que le desagradó la charla que sostuvieron aquel día —dijo Morales intentando ordenar un poco el relato del joven.

—En efecto. No quiero hablar mal de Antonio, de verdad. Es solo que a mí, las personas como él, no me gustan. Me pareció frío, calculador, inexpresivo, casi como un robot. De sus palabras no pude deducir que amara a ninguna de sus hijas. También percibí su inteligencia. No cabe duda de que es un hombre con una inteligencia por encima de la media. Sentimientos como el amor no parece que habiten en su corazón, pero entiende todo con rapidez y sabe mirar en el interior de las personas. Él sabía, supongo que por Marina, que yo necesitaba acuciantemente el trabajo. Por ello, me sometió a un extraño interrogatorio.

—Extraño... ¿en qué sentido? —quiso aclarar Morales.

—Le preocupaban en exceso detalles que para mí no eran importantes, por eso digo que fue extraño. Por ejemplo, me preguntó mucho por mi carrera, por las asignaturas, incluso por los profesores. No le interesaba demasiado mi vida laboral. Traté de resumírsela, pero me interrumpió enseguida y ese tema quedó sin tratar, aunque a Marina le había contado algo por encima cuando fui a su casa por primera vez. No estuvimos mucho tiempo, pero a mí se me hizo muy largo.

No creo que la entrevista llegara a los quince minutos, pero cuando salí me sentía como si hubiera estado ahí dentro, en su despacho, toda una jornada. Ese mismo día conocí a Ángela. No me acompañó Antonio, sino Marina, que aguardaba atenta a que termináramos nuestra entrevista. Me dijo que al fin iba a conocer a su hermana. Yo estaba impaciente, ardía en deseos de saber si me quedaría allí o no. En aquel instante decidí que la impresión que me diera ella sería la decisiva. No me gustaba nada Antonio, ni la aparatosa decoración de la mansión, pero yo no estaba allí para eso, sino para curar, para animar, para hacer amar la vida a la gente, como he hecho siempre. En mi interior tenía decidido que me guiaría solo por la impresión que me diera la paciente. Lo demás, para mí, es siempre secundario.

Marina llamó a la puerta con los nudillos y esperó a que su hermana le diera el permiso. Tardó en contestar, pero al final se oyó un leve y apagado «pasa». Dejé que Marina entrara primero. Me quedé allí, bajo el umbral de la puerta. Por experiencia sé que es bueno empezar despacio, con suavidad. Quería darle tiempo a Ángela a que me viera bien, con calma. Marina entró y le comentó a su hermana que había llegado su enfermero. Ella permaneció en silencio, lo que me alarmó un poco. Noté que no estaba muy de acuerdo con la decisión que había tomado su familia respecto a ella. Aquel día no estaba de buen humor y se notaba en el tono de su voz. Marina me hizo pasar. Intenté observar la habitación, pero ella estaba allí, mirándome, y no pude apartar los ojos de los suyos. Me pareció preciosa desde el primer instante. Rubia, con unos ojos grandes y almendrados de color miel, el cabello, liso, le llegaba casi hasta la cintura... Físicamente era una preciosidad, pero noté que su alma se estaba secando. Pude percibir la tristeza a través de su mirada, sus gestos y su voz. Me saludó con un educado aunque algo frío «buenos días». Respondí al saludo con la mejor de mis sonrisas y eso le animó algo. Estaba sentada en su silla de ruedas y sostenía un libro entre las manos. Marina nos dejó a solas enseguida. Lo que voy a decirle ahora... no sé, quizá vaya en mi contra, no lo sé, pero es la verdad...

—Eduardo, todo lo que diga usted es vital para su defensa, por supuesto, pero le recomiendo decir la verdad, sea la que sea. Quiero advertirle de que esta conversación está siendo grabada —explicó el detective.

—Entiendo. No he mentido nunca, no es mi estilo. Mi madre me dijo siempre que con la verdad se llega a todas partes y es el camino más recto. Lo que quería decir es que me enamoré de ella nada más verla, de verdad. Ya no se trataba de su rehabilitación, ni del precio, ni de las condiciones para trabajar allí. Me daba igual. Solo quería estar delante de aquel rostro para siempre. Me costó un poco hacer que sonriera debido a mi turbación por su gran belleza. Quiero que entienda, señor Morales, que yo no podría haber hecho jamás daño a la

persona que amaba. No estoy seguro de que me aceptara desde un principio. Quiero creer que sí, aunque jamás quise preguntarle al respecto. Ese primer contacto duró solo unos minutos, pero fueron los más importantes de mi vida. Solo salí de aquel cuarto por Marina, que entró para sacarme de allí. Me hizo esperar en el salón. Volvió a los pocos minutos con una gran sonrisa y con buenas noticias para mí. Me contrataban. En principio me contrataron con una prueba de tres meses, lo que acepté sin reservas, ¿qué podía hacer? Los primeros días fueron muy duros, ya que Ángela, por aquella época, tenía unos dolores muy fuertes que se acrecentaban por la noche. Apenas dormí en dos semanas. Marina valoró esto y antes de cumplirse el mes de trabajo, ya me ofreció un contrato indefinido. Incluso me aumentó el sueldo. Supongo que estaban satisfechos conmigo.

«Ángela me besó una noche, de improviso. No llevaba aún demasiado en la casa, quizá un mes y medio, o dos meses. Sus dolores nocturnos iban remitiendo y sus ganas de vivir se habían multiplicado por cien. Estaba radiante, con ganas de luchar, de vivir de nuevo, de conseguir andar, como le insistía siempre yo. Si ella lo creía, podía suceder. ¿Sabe? Ella estaba muy cerca de poder caminar sola, sin andador. Había hecho unos progresos enormes. Era un caso especial. Jamás he visto un caso como este. La familia parecía contenta, al menos Marina, o así me lo parecía. Sobre Antonio, no lo sé, pues apenas lo veía y Ángela no solía hablarme de él, evitaba hablar sobre su padre. Los que estábamos felices éramos ella y yo, desde luego. Imagino que la felicidad se nos notaba en las caras, no podíamos evitarlo. Así estuvimos, besándonos en secreto todas las noches, en su habitación, hasta que un día, habría pasado algo más de un año desde mi llegada a la casa, yo iba a entrar en la habitación de Ángela para darle un masaje en el cuello, pues padecía de dolores cervicales por culpa del accidente. Cuando me acercaba a su habitación, pude oír voces femeninas que salían de allí; la puerta estaba cerrada. Como me asusté ante los gritos, entré sin llamar. Vi a dos chicas con los rostros desencajados por la furia que miraban a Ángela, que estaba sentada en su silla de ruedas. En ese momento, Ángela les estaba gritando que no se metieran en su vida privada. Las tres se quedaron paralizadas al verme allí. Ángela les pidió, no con demasiada amabilidad, que salieran de su cuarto de inmediato. Ellas enrojecieron y salieron de la habitación con parsimonia, no sin echarme sendas miradas que me parecieron muy despectivas, aunque no entendía por qué, ya que no conocía a esas mujeres. Una vez hubieron salido, me explicó que se trataba de Emma y de Luisa, amigas con las que salía siempre de fiesta en sus tiempos de juerguista. No pudo seguir hablando, las lágrimas se lo impidieron. Me costó un buen rato consolarla. Le dije que no tenía de qué preocuparse, pues yo estaría siempre ahí para cuidarla y amarla. Cuando se

tranquilizó, me contó que las jóvenes habían ido a su casa para recriminarle nuestra relación, que estuviéramos juntos Ángela y yo».

—De manera —interrumpió Morales— que esas chicas sabían lo suyo con Ángela. ¿Tiene idea de quién pudo habérselo dicho?

—No, no lo sé. Ángela también estaba muy sorprendida. Me contó que, alguna vez, sobre todo durante mis días libres, que no eran muchos, esa pareja acudía a su casa para charlar con ella, pero que jamás les había contado nuestra relación. No tengo ni la más remota idea de cómo se habían enterado, pues habíamos sido muy cuidadosos ocultando nuestro amor.

—Entendido. Continúe, por favor —dijo Morales.

—Hay una discusión más que creo que es muy importante que ustedes conozcan. Esta vez fue con su hermana Marina, y se produjo la semana pasada, hace cuatro o cinco días. Ahora mismo no podría asegurar el día, con los nervios...

—No se preocupe, lo importante es que se produjo hace muy poco. Nos interesa más el contenido de la misma —lo alentó Morales.

—Bien, pues hará cuatro o cinco días escuché, esta vez desde mi habitación, fuertes gritos que provenían de la habitación de Ángela. En principio no quise meterme, pero los gritos iban a más y me pareció conveniente acercarme a la puerta. Estaba cerrada, pero, a pesar de ello, se oía perfectamente lo que decían, más bien gritaban, ambas.

## CAPÍTULO 7

—¡Piensa en la familia, Ángela, desgraciada! —chillaba Marina a pleno pulmón—. ¿No ves que ese tío es un chulo putas? Un guaperas de barrio obrero, un don nadie, un buscavidas que ha encontrado el braguetazo perfecto. Tiene un plan y lo está llevando a cabo de manera magistral. Cómo te has tragado el cuento del príncipe azul. Tú, antes, lo reconozco, podías ser la princesita de Madrid. Una chica envidiada, guapa, lista y rica. Lo tenías todo, hasta que tus malditas fiestas y tus putas y desfasadas borracheras, y quién sabe mezcladas con qué sustancia, hicieron que mataras a mamá y casi te mataras tú. ¡Inconsciente! Sigues igual de irreflexiva, como una niña caprichosa a la que solo le preocupan sus intereses y los de nadie más.

—Te habría gustado, ¿verdad? ¡Dilo, dilo de una maldita vez!

—¿Decir qué? Pero ¿de qué vas? —gritó Marina cual desquiciada, con las venas de la frente marcadas e hinchadas.

—¡Que hubiera muerto en el accidente! ¡Eso! Ya está, ya lo he dicho. Habría sido mucho mejor para ti que yo hubiera fallecido junto con mamá. Así, la niña Marinita, la eterna ambiciosa soñadora de Marina, podría haber descansado tranquila sabiendo que todo sería para ella.

—¡Estás loca! Ese accidente te ha dejado tocada de la cabeza, además. No voy a permitir que un chulín de cuarta nos toree a todos. Papá piensa lo mismo que yo, pero jamás se atreverá a decírtelo, no en tu estado. Por eso te lo digo yo, hoy, aquí y ahora.

—Sería mejor que viniera y lo oyera de sus propios labios. ¿O acaso ha perdido el escaso valor que él mismo cree tener? —espetó Ángela sosteniendo la mirada a su hermana hasta que esta bajó los ojos.

—No se atreve a disgustarte teniendo en cuenta tu estado actual —dijo Marina.

—No se atreve a querernos, que no es lo mismo. Ni a ti ni a mí, no nos ha querido nunca, pero ahora le preocupa que un buen hombre, un tío con dos pelotas, como es Eduardo, esté sacrificando su juventud, sus mejores años para cuidarme incondicionalmente. No, hermana, no, lo que no soportas es su amor hacia mí. Eso te corroe el alma, ese pensamiento te está envenenando la sangre, fuéramos ricos o pobres, da igual. Soy feliz, ¿te enteras? ¿Os enteráis todos en esta maldita casa? Por primera vez en mi vida soy feliz y ahora tengo ganas de vivir, de hacer muchas cosas, y, no te confundas, de volver a caminar. Pronto caminaré sola, muy pronto. Ya doy muchos pasos, sin el andador, pero no he querido que vosotros lo vierais. Sé que voy a andar muy pronto, y todo esto es

gracias a él. A él, aunque vosotros eso no lo entendáis, le preocupan otras cosas que el dinero, le preocupa, ante todo, mi salud; le preocupa, también, mi felicidad. Y no nos preocupa, a ninguno de los dos, lo que puedan llegar a pensar los demás. ¿Te vas enterando, capulla?

—¡Esto no va a quedar así, Ángela! Te advierto que...

## CAPÍTULO 8

—En ese instante —dijo Eduardo retomando su relato—, decidí interrumpir la conversación. El tono de Marina me dio miedo. Pensé que podría hacerle algo malo a Ángela. Abrí la puerta y me uní a ella. Le dije a Marina que todo lo que estaba diciendo su hermana era cierto. Amaba a Ángela, estaba enamorado de ella desde el primer día y no me movía otro interés sino su felicidad y su pronto y total restablecimiento.

—Entiendo —dijo Morales—. ¿Cómo reaccionó Marina a esta entrada suya de improvisado?

—Fatal. Se puso histérica, lanzó al suelo una carpeta llena de papeles, que quedaron esparcidos por todo el cuarto de Ángela. Enrojeció como un tomate maduro y salió de la habitación dando un fenomenal portazo que hizo que tanto Ángela como yo nos encogiéramos instintivamente. Ángela se mostró preocupada, me dijo que temía sobre todo por mí, que quizá sería bueno que saliera de la casa hasta que todo se calmara. Estuvimos hablando mucho tiempo. Ella lloraba y decía que me amaba y que yo le había dado muchas razones para luchar y seguir viviendo. Yo he nacido para ayudar, para curar, para animar a la gente, para hacerla reír, pero esta situación me ha desbordado, jamás me he visto involucrado en algo semejante. No sabía bien qué hacer, qué decisión tomar. Le dije que jamás la abandonaría, ni un solo instante. Durante estos tres años he podido ahorrar dinero, ya que apenas he tenido gastos. Le ofrecí a Ángela salir de la casa, irnos juntos a vivir a otra parte, yo cuidaría de ella siempre. En un principio, ella reaccionó con furia contra su familia. Dijo que elegir al hombre de su vida era cosa solo de ella, y que nadie debía interferir. Me pidió unos días para que todo se calmara y poder tomar una decisión. La idea de irnos empezó a gustarle y me dijo que solos seríamos al fin felices, sin tener que esconder nuestro amor a nadie. Eso me hizo feliz y le dije que se tomara el tiempo que necesitara. Pero ya ve... Era tarde, demasiado tarde. Si hubiéramos salido esa misma tarde de la casa, Dios mío... Eduardo calló de repente y permaneció en silencio, sin poder continuar con su relato. Morales entendió que con toda esa información tenía suficiente, por el momento.

—Eduardo, toda la conversación ha sido grabada, como le he dicho. ¿Está usted seguro de lo que acaba de declarar? —preguntó el detective.

—Sí, solo he dicho la verdad. Es lo que ha ocurrido. Han matado a Ángela, alguien la ha matado, pero aún no entiendo quién ni para qué. Lo que sí entiendo es que, quien lo haya hecho, ha visto en mí al cabeza de turco perfecto. Era su enfermero, estaba con ella día y noche... Y además han elegido justo la noche en

la que me he ausentado de la casa, ya que tenía esa cita con el sacerdote para ultimar los detalles de nuestra boda. Lo tengo mal, señor Morales, muy mal, soy consciente, pero tiene que creerme, yo jamás podría matar a nadie, nunca. Y mucho menos a la mujer de mi vida.

—De acuerdo, Eduardo. Esta será, pues, su declaración primera, la que analizará el juez. Mientras el detective pronunciaba estas palabras, Eduardo introdujo su mano derecha en el bolsillo de su americana.

—Tengo —dijo el enfermero— esta otra prueba. Sacó una pequeña caja de color burdeos, la abrió y le mostró a Morales un anillo de compromiso, con un brillante en el centro.

—Pensaba dárselo esta noche, al volver de la iglesia —confesó, derrumbándose de nuevo, abatido.

Morales sintió lástima de ese hombre. No solía experimentar, hacia los sospechosos, sentimientos como ese, pero esa vez era diferente. Su corazón le decía que ese hombre era inocente, pero su cabeza no quería escucharlo de momento. En su profesión, a menudo el que menos lo parece es el auténtico culpable, aunque no podía negar que ese caso ocultaba muchos puntos oscuros que había que resolver.

—No puedo dejarlo libre de momento, Eduardo. Créame que lo lamento. Con sinceridad, tengo serias dudas de que usted sea el asesino de Ángela, pero aún es muy pronto y sería un error por mi parte, hasta que no tenga más indicios, dejarlo salir ahora. Así que tendrá que pasar esta noche en la celda de la prisión. Espero que lo comprenda.

—Por supuesto, señor Morales. Usted está haciendo su trabajo. Lo comprendo a la perfección. Me da igual dónde pasar la noche. De todas formas, no tengo otro sitio adonde ir. Hace dos años que decidí no seguir pagando por una pensión a donde iba una vez cada dos semanas. No podría dormir en esa casa ni una sola noche más.

Morales se despidió del enfermero tras llamar a dos agentes para que trasladaran al sospechoso a la celda de la comisaría.

## CAPÍTULO 9

Félix Morales se quedó en la comisaría unos minutos más, hablando con dos compañeros, uno de ellos el agente que había detenido a Eduardo en las inmediaciones de la casa de Antonio Blanco, cuando regresaba de la iglesia.

—Dime, Pedro, ¿qué impresión te ha provocado este chico, Eduardo? —preguntó Morales, lápiz en mano, con su clásica mini libreta presta a recibir información importante.

—La verdad es que, o es un fantástico actor, o estaba de verdad desconcertado por la detención. No crees que sea él, ¿verdad, Félix?

—No, no lo creo, pero mi simple opinión no significa nada en absoluto. De todas formas, este chico, que no ha cometido ni una sola infracción en toda su vida, va a pasar la noche entre rejas mientras que otros, igual de sospechosos que él, si no más, están en casa y quizá deberían estar haciéndole compañía. No soporto que un justo tenga que pagar por pecadores, pero así va este mundo. Los de siempre se suelen librar de la prisión preventiva. Solo los detenemos cuando hay pruebas irrefutables. En cambio, el resto...ya ves.

—Lo sé, Félix, y te doy la razón. Pero imagina que sí es culpable, aunque es cierto que aquí hay algo muy raro; imagina que sí, le dejamos libre y después se demuestra que era el culpable. Se nos cae el pelo, ya lo sabes.

—Bueno, me voy a casa, necesito descansar unas horas —dijo Morales.

—Hasta mañana, Félix.

Félix Morales salió de la comisaría y volvió a su domicilio en su coche. Mientras conducía pensó en Eduardo. Si no ha sido él, entonces, tanto el padre como la hermana, y las amigas y el cuñado... Demasiados sospechosos. Entre todos habrían podido urdir un buen plan, pero ¿solo para evitar que Ángela y Eduardo terminaran juntos? La maldad, el egoísmo y la falta de respeto por la vida humana están llegando demasiado lejos en el mundo actual, se dijo el detective. Conducía despacio, deteniéndose en los semáforos en cuanto veía la luz ámbar. Necesitaba tiempo para pensar. Se sentía agotado, pero la corazonada de la inocencia de ese joven se estaba convirtiendo en una molesta certeza que le aguijoneaba la conciencia. Finalmente llegó a su casa. Su mujer y su hija dormían. Entró intentando hacer el menor ruido posible. Solía llegar de madrugada, por lo que estaba acostumbrado a quitarse los zapatos en el felpudo, para no dar un solo paso con ellos por el parqué. Temía despertarlas. Su mujer le había dejado una bandeja con una ensalada, carne y algo de fruta. «Eres maravillosa, Clara», dijo mientras comía con apetito. Entró en el dormitorio y allí estaba ella, tumbada en la cama, pero despierta. Leía un libro con la luz de la

mesilla encendida.

—Félix, mi pobre Félix. Estás agotado, tienes los ojos enrojecidos —dijo mientras se levantaba a darle un beso en los labios.

—Clara, te he despertado, ¿verdad?

—No, en absoluto, en serio. Me he despertado hace unos minutos. Son más de las siete. He oído que comías en la cocina, pero no he querido ir. Prefería que estuvieras tranquilo. Siempre te sientes culpable si me levanto de madrugada. Ahora descansa. He puesto sábanas limpias. Tienes otro caso difícil, ¿es eso? Te veo preocupado.

—Sí, ha habido una muerte horrible, una chica minusválida. Voy a ahorrarte los detalles. Además, aún no hay nada claro. Voy a ver si duermo un par de horas. A las diez me gustaría estar ya en la oficina.

—Pero, Félix, si son casi las siete y media. Duerme un poco más, por favor, no te machaques así —pidió Clara.

—No te preocupes. Ya queda poco para nuestro viaje a Venecia, muy poco, querida. Allí descansaré, lo prometo.

—Te duele el cuello, te cuesta girar la cabeza. Anda, tumbate, voy a darte un buen masaje que te relajará —dijo ella, con una sonrisa.

A los cinco minutos, Morales dormía. Se durmió gracias al relajante masaje de su esposa, que sonrió satisfecha por haber logrado que conciliara el sueño tan pronto y por el amor incondicional que le profesaba a aquel hombre valiente. Clara salió de la habitación en silencio. El sueño del detective fue agitado. Morales se despertó inquieto. Acababa de soñar con la comisaría, pero era la de hace unos años. En ese sueño, donde estaba todo nebuloso excepto su superior, al que vio claramente, recibía un documento de éste en el que se le informaba de que había sido apartado del caso del accidente de Ángela Blanco. El detective se levantó de la cama porque se leía con claridad el nombre del juez responsable de esta acción: Julio Alberto Pérez. Se vistió con rapidez, cogió una manzana de la cocina y salió de casa a toda velocidad.

Faltaban algunos minutos para las nueve de la mañana. Morales entró en el archivo de la comisaría para echar un vistazo a todos los casos del juez Julio Alberto Pérez. A raíz de la extraña muerte de Ángela, el detective quería leer con minuciosidad el caso del accidente de coche de Ángela Blanco, donde había muerto su madre. En este asunto, existía un informe técnico realizado por mecánicos de la propia Policía en el que constaba que un manguito de los frenos del vehículo siniestrado había sido cortado.

Vaya, vaya, de manera que no fue ningún accidente. Apenas me dejaron, por entonces, indagar en aquel caso, pero parece que ya querían matar a Ángela. Y creo que sé el nombre de la que está tramando todo esto, pensó el detective

mientras tomaba unas rápidas notas en su libreta antes de abandonar la sala de archivos.

Lo primero que hizo esa mañana fue ordenar la liberación de Eduardo ante la falta de pruebas de su culpabilidad pero, sobre todo, por la creciente desconfianza que sentía Morales hacia la hermana de Ángela. El detalle de los frenos manipulados fue la gota que colmó el vaso. Sacó a Eduardo del calabozo y lo llevó a la misma sala donde habían hablado unas pocas horas antes, de madrugada.

—Le agradezco de corazón que me crea, señor Morales, de verdad. Está haciendo lo correcto. No he podido pegar ojo, he estado pensando. Ahora estoy convencido de que me han utilizado para perpetrar este crimen. No tengo, de momento, ni una sola prueba, por supuesto, pero sé que he sido utilizado. Por primera vez en mi vida no siento ganas de vivir. Me han arrebatado la alegría, las ilusiones. Me han quitado lo que más quería.

—Está usted libre, Eduardo. Voy a ocuparme personalmente de que el responsable de esta trágica muerte pague con la cárcel. Y me da igual el poder o las influencias que pueda tener. Por el momento, no me es posible decirle más. Ahora debo dejarle. Debo actuar con rapidez. Intente calmarse. Descanse durante una temporada, creo que ahora no le conviene trabajar —dijo el detective.

—Espero que cojan cuanto antes al asesino, lo deseo con toda el alma —susurró Eduardo, con una voz distinta y, así le pareció a Morales, un destello de inconfundible odio en las pupilas; la mirada del joven preocupó al detective.

—Entiendo bien su estado, Eduardo, pero, por favor, insisto, cálmese y no tome ninguna decisión precipitada que pueda volverle a traer aquí, ¿de acuerdo? —dijo Morales, poniéndole a Eduardo una mano en el hombro.

—A partir de ahora, tenga mucho cuidado y sopesese todas sus decisiones —dijo el joven enfermero de manera enigmática.

Eduardo tendió la mano al detective y salió de la comisaría a gran velocidad. Morales quedó preocupado por el extraño cambio que se había producido en aquel joven. Desde la ventana de su despacho pudo observar cómo paraba un taxi y se subía a él. Tenía que actuar con rapidez. Llamó a dos agentes que solían acompañarlo en los casos difíciles.

—Bien —expuso Morales, una vez reunidos los tres en su despacho—, acabo de soltar al joven Eduardo. No hay una sola prueba inculpativa contra él. Dentro de una hora vais a acompañarme a casa de Antonio Blanco. La actitud de los familiares en la comisaría me pareció más que sospechosa.

—Precisamente queríamos hablarte de la casa, Félix —dijo Daniel Sánchez, un veterano policía que conocía bien los métodos de Morales—. Tenemos el

informe del registro de la casa, acaban de hacémoslo llegar. Se han encontrado micrófonos en la habitación de Ángela Blanco.

—Esto no hace sino confirmar mis sospechas. Tenemos que salir ya hacia allí. Dejad todo lo que estuvierais haciendo. Cada minuto que nos retrasemos ahora podría ser fatal —dijo Morales, intuyendo que debía apresurarse, aunque ni él mismo comprendiera bien el motivo.

El trío salió en un coche patrulla hacia el domicilio de Antonio Blanco. Morales creyó conveniente encender la sirena policial, pues el tráfico era denso aquella mañana en Madrid. Los dos policías miraron a Morales al unísono. Ellos no sabían todavía, pues Félix aún no había tenido tiempo de explicárselo, el asunto de los frenos cortados en el vehículo de Ángela Blanco. El detective, mientras conducía a gran velocidad por el norte de Madrid, les puso al corriente de la situación, explicándoles el sospechoso asunto del accidente de coche de Ángela y cómo él creía que estaba todo conectado con el último caso.

—Intentaron matarla hace tres años, pero no lo consiguieron. Murió la madre, pero está claro que iban por la hija. Ahora lo han conseguido —dijo Morales mientras adelantaba a un camión cargado de troncos—. Yo voy a interrogar a Marina, la hermana. Vosotros esperadme en la puerta. Si veis aparecer a Antonio, el padre, no lo dejéis ir, retenedlo con cualquier excusa o comenzad a interrogarlo si se pone nervioso. Preferiría hacerlo yo mismo, pero si no hay más remedio, ya sabéis lo que hacer.

—Entendido —dijeron ambos hombres al mismo tiempo.

Unos veinticinco minutos después, el vehículo de la Policía aparcaba junto a la puerta de la casa de la familia Blanco. Como había pedido Morales, los dos agentes permanecieron de pie, haciendo guardia en la puerta. Una mujer del servicio les abrió. Félix se identificó enseñando su placa y pidió ver a Marina Blanco. La mujer lo acompañó escaleras arriba. Cuando había subido apenas cuatro escalones, pudo oír gritos que provenían de una de las habitaciones. Se apresuró y comenzó a subirlos de tres en tres. Por el ruido de las voces pudo orientarse y llegó al despacho de Antonio. Allí estaban Marina y Eduardo, ambos acalorados, Marina roja y Eduardo blanco de ira. No notaron la presencia de Morales, que permaneció cerca de la puerta, mas sin entrar.

—¡Tú la has matado, desgraciada, la has matado tú! ¡Me habéis utilizado!

—Maldito muerto de hambre, perro desagradecido —aullaba Marina—. No solo has matado a mi hermana, de la que decías estar tan enamorado, sino que ahora te inventas una película absurda. Siento decirte que el guión es pésimo, Eduardito —exclamó ella, acercándose mucho a la cara del joven.

En ese instante, Marina se dio cuenta de la presencia del detective. Reaccionó justo como esperaba Morales. Cambió la cara y trató de

tranquilizarse, pero estaba tan nerviosa que no pudo evitar retroceder, chocando así contra la mesa y tirando un reloj y una grapadora. Eduardo se volvió y su cara fue justo la contraria al ver a Morales. El detective percibió en su expresión una mezcla de alivio y alegría. Las dos diferentes reacciones fueron más valiosas para Félix que las posibles palabras que pudieran pronunciar cada uno de ellos a partir de ese instante.

—Me alegro muchísimo de verlo de nuevo, señor Morales —dijo Eduardo—. No he podido evitar venir aquí. Venía para reprocharle a Marina y a su padre que me hubieran acusado de esa manera tan alegre del asesinato de Ángela. Cuando he llegado, como llevo trabajando aquí tres años, he podido subir hasta aquí sin ser oído, pues Marina no sabía que yo ya estaba fuera del calabozo y adivine qué le he encontrado haciendo a la señorita.

—Dígame, Eduardo, cuanto antes mejor —pidió Morales.

—Marina estaba aquí, en este despacho, escuchando las cintas de las grabaciones que habían efectuado en la habitación de Ángela. Supongo que en mi habitación habían instalado también micrófonos, pero ustedes podrán comprobarlo, no lo sé. Nos espían, grababan cada conversación que manteníamos. Es indignante, la verdad.

—Sabemos lo de los micrófonos. Precisamente venía a esta casa para mantener una conversación con Antonio y Marina acerca de este asunto. Marina, esto es muy serio. Tenemos fundadas sospechas de que son ustedes, la propia familia de Ángela, los que podrían estar involucrados con su muerte. He venido para oír su versión de estos hechos —expuso el detective, mirando con severidad a Marina, que había ido retrocediendo más y más, hasta acabar chocando con el armario con vitrinas donde su padre guardaba exquisitos licores y vinos de reserva.

Marina estaba como una rata acorralada. Su mirada iba del enfermero al detective y de este a aquel, con los ojos muy abiertos, absolutamente aterrada. Fue en ese momento cuando Morales entendió, como ser humano, que Marina era culpable. Otra cosa eran las leyes, las pruebas, los procedimientos judiciales, la Ley de Enjuiciamiento Criminal y todas esas zarandajas en las que se excusaban los buenos abogados para hacer todo más intrincado. Marina, con su lenguaje corporal, se estaba delatando.

—Marina Blanco —dijo Morales con el tono más severo del que fue capaz—, teniendo en cuenta las pruebas existentes y el testimonio del señor Eduardo..., queda usted detenida como sospechosa del asesinato de su hermana, Ángela Blanco. Puede usted acompañarme a la comisaría. Si se resiste, procederé a detenerla sin más contemplaciones. Tengo abajo a dos agentes que subirán de inmediato.

Marina, desesperada, con un sudor frío que le perlaba la frente y los párpados inferiores, tanteaba con las manos por detrás de su espalda.

—Entiendo, esto es un complot contra mí, por lo que veo. El chulo putas este ha decidido librarse de la cárcel echándome a mí la culpa. Muy bonito. Instalamos micrófonos, sí, pero fue hace poco tiempo. No nos fiábamos de Eduardo, pero era tarde para echarlo. Ángela se había acostumbrado a él y había mejorado mucho, eso es cierto y hay que reconocérselo, pero nos parecía que hacía todo esto por un motivo, por un motivo egoísta. Quería instalarse en la familia, introducirse en ella como una sanguijuela en la piel de sus víctimas. ¡Y chuparnos la sangre! —dijo Marina, subiendo el tono y gritando la última frase.

—Cálmese, Marina. En comisaría me explicará usted todos los pormenores que sean menester. Ahora debe acompañarme —dijo Morales, acercándose al rincón donde permanecía ella.

—Ya sé lo que tengo que hacer. Es necesario —dijo Marina.

A Eduardo esta frase le pareció extrañísima y que no venía a cuento con la situación, pero Félix Morales entendió a la perfección de qué iba el asunto y se llevó la mano derecha a la parte izquierda de su americana, para sacar su arma, sin embargo Marina lo esperaba y, habiendo sacado ya una pistola del cajón que tenía justo detrás, amenazó al detective.

—¡Atrás, Morales! Las manos arriba, donde yo las vea. Y dé cuatro o cinco pasos, muy lentamente, hacia atrás. Así, así, buen chico —dijo ella sin dejar de apuntar con el arma al pecho del detective.

—Ahora, coja su arma con la mano izquierda, repito, con la izquierda, y láncela lejos de aquí, hacia el pasillo. ¡Ahora!

Félix hizo lo que le decía la chica y arrojó su arma fuera de la sala. Se oyó primero un sonido de metal al golpear y después el ruido de la pistola deslizándose por el limpio y brillante suelo de mármol hasta que chocó contra algo.

La indignación de Eduardo lo llevó a actuar como lo hizo. Con un movimiento fulgurante, se aproximó a Marina, agarró el arma por el cañón y lo levantó hacia arriba. Aunque era muy fuerte, no pudo arrebatársela de las manos y se produjo un forcejeo entre ellos.

—¡Cabrón, malnacido! —decía Marina mientras trataba de recuperar el arma.

—No te vas a salir con la tuya, desgraciada, asesina, zorra de mierda —dijo Eduardo, fuera de sí. La ira hizo que, en un rápido movimiento, se deshiciera de Marina, que salió disparada hacia un lado, chocando contra una silla de la mesa, derribándola y cayendo sobre ella.

Eduardo se volvió a Morales, que estaba ahí, de pie, un poco desconcertado

por el giro que habían tomado los acontecimientos. El detective, viendo que Eduardo se había hecho con el arma, se tranquilizó y decidió ir a por su pistola. Nunca había cogido un arma y no sabía bien qué hacer con ella, pero esas dudas le duraron unas décimas de segundos. Marina se había levantado con rapidez y se tiró de cabeza hacia el cuerpo de Eduardo que cayó con la chica encima. Morales decidió que no podía salir de la sala sin ayudar a Eduardo, que estaba en claro peligro. Había visto la mirada de Marina mientras le apuntaba y sintió que podía dispararle sin pensárselo mucho. Había notado determinación en ella. Justo la clase de determinación de un asesino que no vacila. En la caída, Eduardo perdió la pistola, con la mala suerte de que fue a parar junto al pie de Marina. Ella la cogió y, de inmediato, tras apuntar a Morales al pecho, le descerrajó dos tiros en la caja torácica. El detective murió en el acto. No había cogido el chaleco antibalas de su despacho debido a las prisas que le entraron al enterarse del informe policial acerca de los micrófonos instalados en la habitación de Ángela Blanco.

Eduardo observó con horror el cuerpo sin vida de la única persona que confiaba en él y creía en su inocencia. Nada más disparar, Marina comenzó a chillar como una demente.

—¡Asesino, asesino! —le decía al joven entre grito y grito.

Eduardo no daba crédito a lo que veía. Marina acababa de asesinar a sangre fría a un detective de la Policía, y lo había hecho delante de sus narices. Ya no le cupieron más dudas respecto a su responsabilidad en la muerte de Ángela. Ella la había asesinado o había ordenado que alguien lo hiciera, pensó. Temió por su vida. Estaba seguro de que él sería el siguiente, pero la chica no paraba de gritar y trató de tranquilizarla con palabras. Alargó el brazo y vio que ella no reaccionaba, solo gritaba, pero parecía paralizada. Le arrebató el arma de las manos. En ese momento entraron los dos compañeros de Morales. Marina, entonces, salió de la parálisis y reaccionó con rapidez y frialdad.

—¡Lo ha matado! Dios mío, el asesino de Ángela ha disparado a su compañero, a ese pobre hombre. Mírenlo, está en el suelo, creo que está muerto. Es horrible, ayúdenme —exclamó entre sollozos.

Los dos policías entraron en la habitación con sus armas en la mano. Apuntaron a Eduardo, pero ni siquiera tuvieron que ordenarle que soltara el arma, pues él mismo la dejó caer al suelo. Anonadado por lo que acababa de presenciar, no pudo reaccionar en un primer momento. Dejó que los agentes lo esposaran con rapidez. Solo entonces pudo decir, con la voz entrecortada de terror, entendiendo que estaba perdido y que no habría manera de que nadie más lo creyera de nuevo:

—Yo no... no he sido yo, lo juro. Se lo juro por lo más sagrado que tengo en

este mundo, que es mi madre. Ella ha disparado, lo ha matado esta mujer. Acabo de quitarle la pistola de las manos cuando han entrado ustedes.

—Este hombre lo consideraba a usted inocente, se ha jugado la vida por ayudarlo —dijo uno de los policías, con mirada de reproche, mientras se lo llevaban esposado.

Eduardo no oponía resistencia alguna. Echó una última mirada a Marina. La chica tenía la cara tapada con las manos, mientras emitía un llanto agudo y le temblaba todo el cuerpo.

—¡Qué magnífica actriz! —murmuró el joven más para sí mismo que para que lo oyeran los policías.

Llegaron más policías a casa de los Blanco, así como el juez, para levantar el cadáver de Félix Morales. Marina estuvo contestando a las preguntas que le realizaron, dando la siguiente versión sobre el forcejeo con Eduardo y la posterior muerte del detective:

—Eduardo ha venido a mi casa para insultarme y tratar de hacerme pasar por la asesina de mi hermana. Por supuesto, no se lo he permitido y le he dicho que el lugar de un asesino como él era y solo puede ser la cárcel. En esas estábamos, hablando a gritos, cuando ha llegado el detective Morales porque quería hablar conmigo acerca de los micrófonos que teníamos instalados en la casa. Los instalamos precisamente porque no nos fiábamos ya de este enfermero. Exactamente por ese motivo mi padre decidió comprarlos y utilizarlos. Yo estuve de acuerdo con la decisión. Fue cuando expliqué el asunto de los micrófonos cuando Eduardo se puso como una furia, me insultó y me amenazó, sujetándome con fuerza del brazo. Entonces, su compañero, Morales, se acercó a Eduardo para intentar que me soltara. De repente, él sacó la pistola. Ignoro cómo la tenía él, aunque no es demasiado difícil comprenderlo, pues la teníamos guardada en este cajón de aquí —dijo señalando el cajón de donde ella misma había extraído el arma—. Supongo que antes de venir a este despacho, pasaría por su habitación y la cogería, no lo sé. Fue entonces cuando Morales trató de quitármelo de encima, pues estaba loco de rabia, cuando me apuntó a la cabeza a mí, primero a mí. Morales le gritó que se detuviera, que bajara la pistola. Eduardo se giró y le dijo al policía que retrocediera, cosa que este hizo, levantando las manos. Cuando lo tuvo a tres o cuatro metros, sin pronunciar palabra alguna, disparó dos veces. Le disparó en el pecho. Yo estaba a su lado. Como temía por mi vida, me lancé contra él, para intentar arrebatársela. Es muy fuerte y no podía quitársela. Fíjense en la cantidad de arañazos que tengo del forcejeo —dijo mostrando diferentes marcas en los antebrazos y en las manos—. Lo que sí logré es que no me disparara. Al final me derribó al suelo. Cuando me levanté, sus compañeros llegaron. Él se quedó paralizado, pensé que me mataría, pero no lo

ha hecho, gracias a Dios. Le arrebataron el arma sin más complicaciones, no se resistió. Esto es todo lo que puedo contarles. Eduardo no llevaría ni cinco minutos aquí conmigo cuando apareció el señor Morales.

Cuando todos los policías hubieron abandonado su casa, Marina, tras esperar algunos minutos, fue hacia el teléfono y llamó a su padre. Le dijo que había novedades muy importantes y que tenían que hablar. Antonio le propuso ir a su oficina. Su hija llegó allí cuarenta minutos después. Sentada en una cómoda y cara butaca de cuero negro, mientras saboreaba un whisky escocés que le había servido su padre, sonreía satisfecha. Le había resumido a Antonio lo sucedido en el despacho entre Eduardo, ella y Morales; pero no le había dicho que había sido ella la que había apretado el gatillo de la pistola. Antonio Blanco estaba enfrente, mirándola con severidad, sabiendo, pues tenía un sexto sentido para detectarlo, que su hija le estaba mintiendo.

—Está todo muy bien, Marina. Has tenido valor, te has arriesgado mucho, pero estás en peligro. Sé que no me he ocupado de vosotras dos como debía. El trabajo me ha absorbido más de lo necesario, pero no me creo que Eduardo matara de esa manera al policía. Ese chico es incapaz de matar a nadie. Has sido tú. Lo leo en tus ojos, tú has disparado el arma.

Marina no pudo sostenerle la mirada a su padre y terminó bajando la cabeza.

—¿No entiendes que se te puede coger fácilmente? Mira, si has disparado tú, ahora mismo tienes restos de pólvora en las manos, en los dedos, puede que hasta en la cara. Esa es la primera prueba que llevarán a cabo los policías cuando ese chico sostenga una y otra vez que él es inocente —explicó Antonio a su hija.

—Es un secreto demasiado peligroso y terrible como para que lo sepa otra persona, aunque sea tu propio padre —dijo ella a modo de justificación.

—Lo entiendo, Marina, pero ahora debes hacer lo que te digo. Él no tiene pólvora en las manos, y tú sí. Por lo tanto, lo que has de hacer es tener más pólvora, mucha más. Ahora voy a hacer una llamada. Vas a ir a un club de tiro y te vas a pasar disparando toda la tarde. Por una buena cantidad de dinero puedo lograr que juren que llevas tiempo disparando allí, que te gustan las armas. ¿Está claro?

—Como el agua, papá —contestó ella.

—Pues ya sabes lo que has de hacer —zanjó Antonio.

—Quiero que les des las gracias a Emma y Luisa por el excelente trabajo que han realizado. Se deshicieron del cuerpo con limpieza. Págalas lo acordado. Como te dije, en billetes de mil y dos mil pesetas, olvídate de los grandes.

—Papá, Daniel... —empezó a decir Marina viendo que su padre no mencionaba a su novio.

—No me olvido de él, hija, lo sé, lo sé. Fue él quien suministró el medicamento decisivo mientras Ángela dormía. Lo ha hecho bien, lo reconozco. Ya sabes que no es santo de mi devoción, pero esta vez, debo reconocer que ha hecho un gran trabajo. Dale las gracias de mi parte.

—¿Las gracias? —preguntó Marina a media voz, sin atreverse a exigir nada, pues había reconocido a su padre que ella era la asesina de Morales.

—Sí, las gracias. Va a ser el marido de mi única hija, la que va a heredar un enorme patrimonio. Ese chico, un simple médico, ¿puede pedir más? Ya lo tiene todo, hija. Créeme, él solo está pensando ya en vuestra boda. Recuerda lo que te dije un día, ese chico te engañará. He visto cómo mira a las mujeres, pero eres mayorcita, tú sabrás.

—Papá, ¿cómo te atreves a...?

—¿A qué, Marina, a qué exactamente? —dijo Antonio imitando cruelmente la voz y el tono de su hija, mientras la miraba con una crueldad que no solía utilizar con ella.

—A nada, papá, perdona —respondió ella alzando el ancho vaso y terminando con el whisky que le quedaba.

\*\*\*

Eduardo había ahorrado la mayoría del dinero que había ganado cuidando a Ángela y buscó un buen abogado. Él se desgañitaba repitiendo siempre la misma versión, lo que había ocurrido en realidad. A su abogado le decía lo mismo y este insistía en que tenía que decirle la verdad para poder defenderlo en condiciones. Todas las pruebas circunstanciales lo condenaban, aunque en realidad era la palabra de Eduardo contra la de Marina. El abogado solicitó que analizaran las manos de Eduardo y también las de Marina Blanco. La policía española así lo hizo. Los resultados alentaron a Miguel Ángel Segura, el abogado de Eduardo. No había pólvora en las manos de su defendido, y sí la había en las manos de Marina. La mala noticia para Eduardo era que Marina era una tiradora habitual y llevaba algunos años acudiendo a un club de tiro madrileño. El juez, debido a este último punto, desestimó los informes de balística acerca de los restos de pólvora en las manos de Marina. Miguel Ángel insistió y dijo que su defendido no podía haber disparado la pistola cuando no tenía restos en las manos. La defensa de Marina, por su parte, formada por una legión de abogados de los mejores bufetes de España, dijo que Eduardo había disparado con guantes puestos, esa era la explicación a la ausencia de pólvora en su cuerpo. Miguel Ángel no aceptó la endeble excusa, alegando que los guantes habrían sido hallados en sus manos, pues los policías entraron en la sala apenas unos segundos después de las detonaciones. Los policías que detuvieron a Eduardo

confesaron que creían recordar haber visto un guante tirado en el suelo. Fueron premiados generosamente por Antonio Blanco para traicionar a Eduardo y también la memoria de su compañero asesinado. Pero la insistencia y el buen hacer de Miguel Ángel durante el juicio consiguieron sucesivos recursos que llegaron hasta el Tribunal Supremo. Era la última instancia y estaba seguro de poder librar a Eduardo de la cárcel. Una semana antes de que se celebrara el decisivo juicio, Miguel Ángel falleció en un accidente de tráfico en la sierra madrileña, en Collado Villalba, al salirse su vehículo en una peligrosa curva. Eduardo entendió que no había sido un accidente. Esa familia tenía demasiado poder.

Eduardo no tenía más dinero para pagar otro buen abogado y tuvo que conformarse con uno de oficio, una chica recién salida de la Facultad de Derecho de Deusto. Era inteligente y bien dispuesta, pero no tuvo nada que hacer frente a la jauría pagada por Antonio Blanco.

Eduardo Alcaraz López fue condenado a cincuenta y dos años de cárcel, veintiséis por el asesinato de Ángela Blanco y veintiséis por el de Félix Morales. Terminó cumpliendo una condena de veintidós años de prisión.

Cuando escuchó la sentencia, que devino firme, pues ya no había posibilidad de más recursos, el Eduardo afable, alegre y bromista que había sido hasta entonces murió. Desde aquel mismo día, el odio dominó su vida y se convirtió en un ser apático, agresivo y muy peligroso, cualidades que le permitieron sobrevivir en la cárcel Modelo de Barcelona.

Esa cárcel, en los años ochenta, estaba infestada de heroinómanos. La mayoría de los reclusos eran toxicómanos. No probó la droga. Apenas tuvo problemas con los demás reclusos. Era una especie de mirlo blanco en aquel agujero plagado de delincuentes de baja y de alta estofa. Lo único que hacía en prisión era leer y ejercitarse físicamente en su propia celda. No tenía dinero, no necesitaba droga, por lo que el resto de reclusos ni se fijaba en él. Lo único a lo que nunca pudo habituarse fue a los millones de chinches que llenaban las celdas, las mantas y las ropas de los reclusos. No había forma de librarse de ellos. Lo torturaron día y noche durante aquellos largos veintidós años.

## Epílogo

*Treinta años después...*

Marina Blanco está acostada en una lujosa habitación de hospital en el centro de Madrid. Sus problemas de pulmón son continuos y se ven agravados por los cincuenta cigarrillos que se fuma a diario. El tabaco no es ni la única ni la menor de sus adicciones. La cocaína forma parte importante de su vida, aunque ya no se puede costear las fiestas que organizaba diez años antes, cuando su padre murió y se convirtió en la heredera universal de todos los bienes del multimillonario Antonio Blanco. Marina, tratando de imitar y de superar a su hermana Ángela, organizaba en su chalé de Navacerrada fiestas que eran más bien orgías depravadas, donde la cocaína y otras drogas corrían sin control. Varios kilos de droga eran consumidos por sus amigos y decenas de conocidos que se adherían sin rubor a esos desmadres.

Marina está recordando cómo se ha dejado la salud en fiestas absurdas, que no le han dado nada, en lujos igual de innecesarios, como la colección de vestidos y coches deportivos que fue comprando. La ludopatía era uno de sus mayores problemas. Tenía prohibida la entrada, a petición propia, en la mayoría de los casinos de Europa. En cinco años había dilapidado más de siete millones de euros. A los seis años de la muerte de su padre, su marido, Daniel, la había abandonado fugándose con Luisa, la supuesta mejor amiga de Ángela. Nunca supo su paradero. Lo malo para ella es que Daniel se había llevado un dineral en joyas, bonos y dinero en efectivo que guardaba en la caja fuerte de su mansión. Deprimida, frustrada por ver cómo una empresa tras otra, de las nueve heredadas del difunto Antonio, quebraban debido a sus caprichosas decisiones de inepta diletante, Marina se sumió en un inquieto duermevela donde soñaba con su padre, con su hermana Ángela, con su madre y con Daniel, sobre todo con Daniel. Soñaba que Luisa lo abrazaba tras llevarle un combinado de frutas bajo el sol de una isla de las Maldivas. Era él quien estaba disfrutando de la riqueza de los Blanco. Ese vil traidor...

El ruido de una puerta despertó a Marina. Era el enfermero, que venía a darle la medicación. Llevaba más de tres semanas ingresada y su estado de salud no mejoraba. La ausencia de nicotina en su cuerpo la tenía nerviosa e irritable. Los médicos no le permitían fumar ni un solo cigarrillo. Volvió a dormirse, sin fijarse en la figura del enfermero, que se acercó a su cama y comenzó a inyectar un líquido dentro de la botella del suero intravenoso de Marina.

—¿Cómo se encuentra esta noche, señora Blanco? —dijo el enfermero.

La pregunta sacó a Marina de su sopor. La voz le resultó vagamente

familiar, pero lo atribuyó a los medicamentos y a haberse despertado de repente.

—Estoy jodida, ¿no lo ves? —dijo con el tono más desagradable del que fue capaz.

—Bueno, bueno, no se altere. Solo lleva usted unas pocas semanas aquí. No es nada grave. Dentro de muy poco tiempo va a abandonar usted este precioso hospital, se lo garantizo —dijo el enfermero, mirándola a los ojos. Llevaba una mascarilla blanca, bastante grande, que le cubría la casi totalidad del rostro.

Marina se fijó por primera vez en esos grandes y bonitos ojos verdes. No podía apartar la mirada de ellos. Le sonaban de algo, pero no podía recordar de qué. Incluso la voz, ese tono, esa peculiar forma de hacer la erre suave entre vocales, casi como una de...

—Pues el médico, esta mañana, me ha dicho que no me haga muchas ilusiones sobre salir del hospital. A ver si se aclaran ustedes —gruñó ella.

Mientras pronunciaba esas palabras, el enfermero le puso a Marina una inyección en el cuello. Marina ni siquiera vio venir la aguja. Le sorprendió recibir el pinchazo en esa zona, cerca de la garganta.

—Pero ¿qué hace usted, hombre? ¿A qué viene esta inyección ahí? Ha sido doloroso —dijo Marina, empezando la frase en voz alta y bajándola progresivamente. El último, «ha sido doloroso», apenas pudo ser percibido por el hombre.

—Esta inyección es para dormir tus cuerdas vocales, Marina. Nada más para eso. De momento quiero que escuches. Escucha nada más —dijo Eduardo quitándose la mascarilla y el gorro médico.

Eduardo miró a Marina con el odio acumulado de treinta años de espera, veintidós de ellos privado de libertad siendo inocente. Marina se orinó encima. Eduardo no pudo notarlo, pero sí noto los efectos que produjo el otro esfínter que se le descontroló a la paciente debido al terror.

—Además de mentirosa, fea, desagradable y fracasada, Marina, eres una cerda sin remedio. Acabas de cagarte encima. ¿No te da vergüenza?

—¿Sabes cómo he podido soportarlo, Marina? —añadió él—. Todos estos años, la convivencia con los yonquis de la Modelo de Barcelona, las pulgas, los chinches, los piojos, la suciedad, el olor indescriptible... Gracias a soñar con este momento, con el que estamos viviendo ahora tú y yo, Marina. Tú y yo, aquí, ahora, solos. No tienes ninguna posibilidad, la solución que te he metido en el cuerpo te ha dejado paralizada. Por eso te he dicho que vas a abandonar muy pronto este lugar. Tu vida termina aquí, maldita desgraciada asesina. Mírate. Si el odio hacia ti no me impidiera sentir compasión, sentiría incluso pena, pero no, no la siento. Tampoco alegría. No siento nada, Marina. Mataste a Ángela, el amor de mi vida, y aquel día me mataste a mí también. He vivido solo para

quitarte de este mundo personalmente. Y lo he hecho. Fíjate —dijo Eduardo sacando del bolsillo de su bata verde un pequeño frasco con un líquido transparente—, vas a morir de la misma manera que tu hermana. Sé lo que le suministrasteis a Ángela. En los años ochenta era muy caro y casi nadie lo conocía. Ahora está al alcance de cualquier sicario de cuarta. Y mejorado. Lo hay indoloro. Pero también lo hay de otro tipo. No dejará marcas en tu cuerpo, pero te va a hacer sufrir como nunca podrías imaginar que un ser humano puede sufrir. ¡Púdrete en el infierno! —espetó Eduardo con los ojos enrojecidos mientras le inyectaba el veneno a Marina.

Eduardo abrió la puerta de la habitación y salió del hospital donde se había colado aquella noche. Desde la calle pudo oír el primer aullido de Marina. Fue estremecedor incluso para él.

«Y aún te quedan cuarenta minutos así, cerda. Eso si tu corazón no revienta antes. Tarde o temprano ibas a pagar».

## **Nota de los autores**

Esperamos que hayas disfrutado leyendo «¿Quién mató a Ángela Blanco?». Estaríamos muy agradecidos si puedes publicar una breve opinión en Amazon.

### **Conéctate con Adrián y Miguel Aragón**

Si tuvieras alguna sugerencia, comentario o pregunta y deseas ponerte en contacto con nosotros por favor encuéntranos en:

Amazon: <https://amazon.com/author/autoresaragon>

Facebook: <https://facebook.com/autoresaragon>

Twitter: <https://twitter.com/autoresaragon>

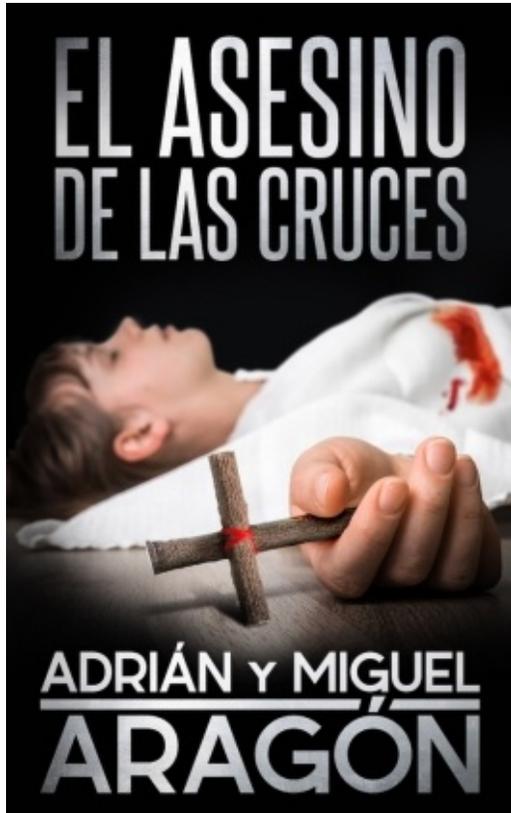
Saludos,

Adrián y Miguel Aragón

Los autores

## Otras obras de Adrián y Miguel Aragón

El Asesino de las Cruces



La ciudad de San Luis se va a ver sacudida por la muerte violenta de algunas personas. Todas las víctimas presentan la misma herida y tienen en la mano, depositado por el asesino, el mismo objeto.

El mejor detective de la ciudad, el italoamericano Harvey Moretti, se verá enfrentado al caso más difícil de su exitosa carrera. Moretti es un atractivo hombre al que admiran ellas y respetan ellos. En este difícil asunto de homicidios, nada será lo que parece y Moretti, junto con su habitual compañera, Sarah Suhr, tendrá que enfrentarse a la inteligencia de un asesino que parece no dejar, jamás, una sola pista que seguir. Harvey llegará a dudar de sí mismo.

La prensa anuncia, contra la opinión de la policía de San Luis, que están ante un asesino en serie. ¿Lo están?

Disponible en Amazon: <https://amazon.com/dp/B07662QB2R/>